

Históricas Digital

“Segunda parte”

p. 89-182

Nicolás Pizarro

Obras II. El monedero

Carlos Illades y Adriana Sandoval
(edición, recopilación y notas)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas
Coordinación de Humanidades
Instituto de Investigaciones Filológicas

2005

616 p.

Texto

(Nueva Biblioteca Mexicana 154)

ISBN (pasta dura) 970-32-3204-3

ISBN (rústica) 970-32-3205-1

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



SEGUNDA PARTE





1. EL 9 DE SEPTIEMBRE DE 1846

Si nuestros lectores tienen la complacencia de acompañarnos a la calle de Santa Isabel, les mostraremos la habitación del comandante Montemar. Es una modesta vivienda de esas que llaman de taza y plato, porque constan generalmente de un cuarto bajo y otro alto; tiene medianas dimensiones y la entrada directa por la misma calle. Desde la elección de ésta se marcaba el buen gusto de Montemar; amplia, limpia y céntrica. El cuarto bajo servía para los asistentes de Montemar, pues tenía dos; el de arriba, tapizado de una rica alfombra, y dividido en sala de recibimiento y alcoba por medio de una cortina encarnada era para el comandante. El ajuar se reducía a un espejo mediano con un lavamanos sobre el cual había varias navajas de afeitar y pomitos de perfumes; dos butacas, un sofá y algunas sillas cubiertas con indiana, así como el sofá, lo que haría suponer que eran de damasco o de brocatel.¹

En esta ocasión daremos a conocer más detalladamente la figura y carácter de nuestro comandante. Según hemos dicho en la primera parte, tendría veintiocho años, de mediana estatura, de buena complexión; ostentaba en esta época unos bigotes a la don Quijote, largos, negros y duros, que el cosmético reducía difícilmente a imitar la figura de cuernos de alacrán; su perilla espesa y recortada, la ceja que bajaba sobre los ojos, con un gesto que sería amenazador si no se notara que era estudiado; el pelo negro, corto y recio. Su mirada era fija, como de enojado, pero en realidad de hombre astuto; sus ojos daban a la fisonomía algún interés por ser negros, cuyo color contrastaba con el blanco cutis de su cara; la nariz y la boca eran de forma regular, el cuello y sus espaldas anchas. Era hombre de valor sereno; pero había conocido desde muy temprano en la milicia, que más daño se hace a los enemigos personales encubiertamente, y prefería los medios in-

¹ Tejido de cáñamo y seda, a modo de damasco, que se emplea en muebles y colgaduras (DRAE).



directos y ocultos. Tenía particular disposición para los cuentos y sabía proporcionarlos según la calidad de su auditorio, de manera que en realidad era buscado por sus conocidos cuando querían matar el tiempo. En el cuartel era cínico, en los estrados fino y atento; ninguno era más pronto que él en ofrecerse para alguna comisión que conocía no le habían de dar, ninguno más remiso en cumplir sus obligaciones. El día del santo de su coronel era el primero para felicitarlo en una arenga bien hablada; pero se olvidaba tanto de los soldados que casi no le conocían; en las representaciones que había que hacer en favor de sus compañeros y del cuerpo todo, era el más animoso, pero el día de una batalla sabía encontrar tan oportunamente jefes que le dieran órdenes de ir por una batería, de hacer avanzar un batallón, que por una fortuna continuada no había recibido ni un golpe contuso; y sin embargo, nadie podía decirle que había huido, ni que se había escondido, por cuya razón siempre era comprendido en esa lluvia de promociones que han acostumbrado hacer nuestros gobiernos, después de una insignificante escaramuza, relatada en términos pomposos y melodramáticos por nuestros generales. Siempre estaba quejoso Montemar de los presidentes de la República, pues aseguraba que había recibido postergas en su carrera, y que las sufría pacientemente sólo por patriotismo.

Tres años hacía que había ingresado a la milicia por haber sido nombrado capitán de *cívicos* en Tulancingo, donde era tendero. Montemar había promovido entre sus compañeros solicitar de Santa Anna el que se veteranizara el cuerpo que allí se levantó, y vino en comisión a México con tal objeto. Al principio no conseguía ni el ser oído en el ministerio de la Guerra; pero tuvo el atrevimiento de hablarle a Santa Anna que entonces mandaba como absoluto, en virtud de la famosa Séptima Base de Tacubaya,² le echó una arenga apellidándole héroe del Pánuco y padre de la patria, y el decreto se extendió sin demora. Al retirarse Montemar de la presencia de Santa Anna, había dicho éste con esa burla mímica que tan perfectamente sabe hacer: “El tenderillo no es lerdo; me ha comparado con César y Napoleón con la misma prosopopeya que Tornel.³ ¡Bah! yo junto la cría; cuando estos pollos tengan

² Las Bases de Tacubaya, promulgadas el 18 de septiembre de 1841, llamaron a la formación de un congreso constituyente que moderara los “excesos” federalistas y centralistas vividos en el pasado. Al amparo de ellas, Antonio López de Santa Anna estableció su gobierno.

³ José María Tornel, secretario de Guerra del gabinete de Santa Anna.

espolones trabajo dará cortárselos; pero así es todo, el que no siembra no coge”.

Al organizar el cuerpo veteranizado fue necesario llevar capitanes de ejército, por lo que Montemar, aunque pretendió hacer valer su personal influencia con Santa Anna, sólo quedó de teniente, y he aquí una de las postergas de que se quejaba, alegando que a él se le debía el decreto de veteranización, y que bien podía quedar de capitán para empezar su carrera, cuando tantos otros habían sentado plaza de coronel y aun de general.

Muy poco tiempo fue teniente, pues en dos años llegó a comandante y estaba aburrido de servir en tal clase hacía ya un año en el batallón de San Blas. Verdad es que tenía que habérselas en este cuerpo con un militar antiguo y severo en la disciplina, que a la sazón estaba encargado de su mando.

Eran como las tres de la tarde del día con que hemos encabezado este capítulo, y Montemar estaba rasurándose en frente de su espejo. En el plan de aseo entraba por esa vez quitar absolutamente la perilla, y no dejar otro pelo en la cara que el de los terribles bigotes a la don Quijote. Su barba, que era gruesa, se resistía a la operación, mas Montemar después de cambiar las navajas, creyó que alguno de sus asistentes las había usado, y echando una mirada severa al que tenía delante:

—¡Rivera!, le gritó ¿quién ha tomado estas navajas?

—Ninguno, mi comandante; contestó el soldado poniéndose firme y erguido.

La barba sangraba, y Montemar más enojado dijo la media voz:

—Siempre es así la canalla, ladina, igualada y mentirosa.

—Mi comandante, nadie ha tomado las navajas.

—¡Calle usted!, replicó con voz de trueno Montemar, que acababa de darse una ligera cortada; y luego añadió con menos violencia:

—Esta es la buena disciplina que tanto alaba el coronel, replicar a sus jefes, contradecirles. ¿Dónde está el polvo de haba?, preguntó después buscándolo por varias partes.

—No lo he visto, replicó con impavidez el veterano.

—¿Cómo es eso, bribón?

—Mi comandante, no me diga usted bribón.

—Mucho que sí, ibribón! sí, ibribón!, y se encaró con el soldado, viniéndose cerca de él, dirigiéndole una mirada feroz, que éste sostuvo sin inmutarse y sin bajar los ojos, como si estuviese formado en cuadro, resistiendo una carga de caballería.

A esta sazón llegó el otro asistente, trayendo en la mano muy envuelto un jaboncito de olor, que el comandante acababa de encargarlo.

—¡Villas! ¿Dónde está el polvo de haba?

—¿El polvo de haba?, contestó maquinalmente el soldado; el polvo de haba, mi comandante, est... est...

Montemar, que por un extraño presagio no se había atrevido a tocar a Rivera, dio un empujón a Viñas, que por poco cae a la escalera, saltándosele de las manos el jabón.

El comandante se agachó a recogerlo, porque Rivera fingió no haberlo viste caer, lo que le valió una mirada de tigre de parte de su irritado jefe. Éste desenvolvió el jabón y encontrando que era prieto y que no olía bien, pues lo esperaba blanco y aromático, lleno de rabia agarró por los hombros a Viñas y lo echó por las escaleras. Por fortuna de éste, dos personas que se habían cansado de llamar a la puerta de la calle, habían penetrado a la casa y subían en aquel momento la escalera.

Eran dos militares vestidos de riguroso uniforme. El primero, alto, rubio, de ojos garzos, con el cutis de la cara tostado por el sol, llevaba sombrero montado, casaca azul ricamente bordada, con solapa encarnada, dos charreteras de oro y en medio de ellas una águila, banda verde y espadín con cubierta dorada. Era éste el general graduado don José Frontera: el otro, algo bajo de cuerpo, enjuto de carnes, trigüeño, ojos negros, de mirada altiva y semblante severo, llevaba un chaleco con chorro trigarante, dos charreteras de oro con estrellas, sobre una casaca de paño azul sin bordado, pantalón del mismo color con franja encarnada, banda carmesí y espadín dorado. Era el coronel graduado don Santiago Xicotécatl.⁴

Montemar que no se esperaba estas visitas, al notar que el pobre Villas no había rodado mucho, y al oír que hablaba alguien en la escalera, se asomó a ésta, en mangas de camisa, llevando en una mano la toalla y en la otra el malhadado jabón.

—Parece que vamos tomando esta escalera por asalto, dijo Frontera al ver rodar al soldado. Xicotécatl, por toda respuesta, frunció el entrecejo más de lo que habitualmente acostumbraba.

—¿Estás loco, Montemar?, dijo mostrando buen humor Frontera.

—Entra, chico, siéntate; respondió Montemar, dándose cierta importancia, por hablarle de *tú* a un general, y al divisar que también

⁴ Felipe Xicotécatl.

llegaba Xicoténcatl, cambiando súbitamente de tono, haciéndose afable y respetuoso, exclamó:

—¡Mi coronel! ¿Usted por aquí? ¡Tanta honra!

El soldado Rivera dio dos pasos para atrás, militarmente, para hacer lugar a sus jefes, sonrió con malignidad al ver la bajeza de Montemar y clavó después los ojos en su coronel Xicoténcatl, como esperando órdenes. Éste, sin contestarle a Montemar, y sin desfruncir el gesto, dijo dirigiéndose al soldado:

—Rivera, llévase usted a Viñas, parece que se ha roto la cabeza. Ustedes no volverán aquí hasta nueva orden. Rivera obedeció inmediatamente. Es un abuso, añadió el coronel, que los oficiales distraigan así a los soldados de la nación del servicio público; desde el tiempo del gobierno español se les aumentó la paga para que tuviesen criados con el nombre de *asistentes*, previniéndose que ni los jefes de alta graduación tuviesen de los cuerpos más que *ordenanzas* para los asuntos de oficio.

Después, echándole una mirada a Montemar que le penetró como hierro candente:

—Es lástima, dijo, que así maltrate usted a tan buenos soldados. Señor mío, de jabones y de agua de colonia no saben nada; pero en cambio se baten como leones. Los he experimentado en la defensa de Guadalajara, y usted los verá cuando vengan los americanos.

—O no los verá, dijo irónicamente Frontera, a quien desde un principio había indignado el trato que Montemar daba a sus asistentes; pero luego compadeciéndose de éste, que como es de suponerse estaba muy turbado, añadió echándose sobre el sofá, y dando a su voz un tono de broma y ligereza:

—Dime, Montemar, ¿por qué te has quitado la perilla?

Montemar sonrió graciosamente a Frontera, y dirigiéndose a Xicoténcatl con fina cortesía, lo dijo:

—Tenga usted la bondad de tomar asiento, mi coronel, y de dispensarme que le reciba de esta manera. Con permiso de usted, voy a ponerme mi bata.

Xicoténcatl se sentó al lado de Frontera, echando fuego por los ojos, y sin advertir que la pared que dividía la pieza era de lino le dijo a éste:

—Es imposible soportarlo por más tiempo, nunca se aparece por el cuartel, sino para recetar bancos de palos sin el menor motivo, porque nada entiende de soldado: precisamente hoy hace diez días que no se deja ver la cara, y ha sido necesario encargar la papelera del cuerpo al capitán Romero, porque este Adonis ni la ve ni la entiende. La guerra

con los americanos va a seguir encarnizadamente, y yo no quiero que mi cuerpo quede en ridículo con un comandante tan...

—Nos está oyendo, dijo Frontera en voz baja, y poniéndose el dedo en la boca.

—No importa, contestó en voz alta Xicotécatl; he venido a decirle que se separe del cuerpo por bien o por mal.

En aquel momento Montemar volvió a salir de su alcoba, con paso mesurado, semblante risueño aunque un poco contraído, cubierto con una bata de seda con grandes florones y una cachucha bordada de oro, con una borla que le caía elegantemente hasta cerca del hombro. Una palidez muy notable en su semblante era lo único que traicionaba al hábil diplomático.

Frontera por evitar un lance, serio, le dijo con socarronería:

—Muy bien, excelentísimo señor Montemar; ¡vaya una bata! y ¡qué cachucha! algunos dedos de Rosa se habrán lastimado en ese bordado.

Montemar sonrió como un rey que concede una gracia a un favorito, y contestó distraídamente:

—En casa del señor don Domingo Díez de Dávila me hicieron este obsequio y un ligero carmín que se pintó en sus pálidas mejillas, vino a revelar que la mentira era muy gorda.

Frontera, que conocía a Rosita Dávila, preguntó con cierta cándida admiración, que muy frecuentemente se ve unida en los guerreros a las malicias de otra especie.

—¿Quién te hizo el obsequio, aquella niña de los cabellos de oro, que siempre los lleva rizados?

Montemar contestó con un aplomo inimitable:

—Yo sólo te he dicho que en casa del señor Díez de Dávila me han hecho el obsequio; lo demás queda a la malicia del prójimo.

Frontera vio al soslayo a Xicotécatl para investigar si había ya pasado el enojo, y observando que continuaba con el mismo gesto, volvió a reanudar la conversación.

—No me has dicho por qué te has quitado la perilla, Montemar.

—¿No recuerdas que hoy llega el excelentísimo señor general de división, y presidente interino de la República don Antonio López de Santa Anna?...

—¿Y qué tienen que ver tantos títulos con tu perilla?

—Que no le agradan los barbudos; recuerda la primera circular que da luego que manda, previniendo a todos los militares el uso de riguroso uniforme y que ninguno lleve barbas.

—¡Qué previsión!, dijo a media voz Frontera.

La conversación languidecía y Xicotécatl se disponía a hablar, cuando se oyó que comenzaba un repique en la Catedral. Frontera se puso en pie diciéndole a su compañero, que también se levantó:

—Vámonos, ya llegó el general.

Xicotécatl dijo resueltamente a Montemar:

—Ya ha oído usted a lo que he venido.

Montemar inclinó ligeramente la cabeza en señal de afirmación, dejando traslucir alguna insolencia.

—Pues bien, ahora que llegó el general Santa Anna pídale su pase a otro cuerpo, porque la verdad, si me toca morir en esta guerra, yo deseo que no haya uno solo en mi batallón que deje de disputar a los americanos palmo a palmo la tierra de mis padres.

—Mi coronel, usted no puede decir que yo rehuse nunca un combate y mucho menos contra enemigos de mi patria. Aquí está toda mi sangre que derramar, hasta la última gota, por defenderla.

Frontera se interpuso cuando Xicotécatl iba a responder, y dijo al comandante:

Mira, Montemar, ustedes ya no han de estar bien, y así pide tu pase; en todas partes se puede servir a la patria; que vengan los americanos y haremos nuestro deber.

—Lo haré, contestó Montemar, dominando apenas su emoción, y luego más respetuoso, añadió con afabilidad:

—Pero ése no es motivo para que usted quede disgustado conmigo, mi coronel; vengan esos cinco, y alargó la mano a Xicotécatl, quien le dio la suya.

Frontera y Xicotécatl se retiraron. El primero había dicho a Montemar: “Que vengan los americanos y haremos nuestro deber”, y lo cumplió: en la madrugada del 20 de agosto del año siguiente recibió orden del general Valencia⁵ de cargar con su cuerpo sobre los americanos,⁶ que se habían apoderado de un bosque cercano al campo de Padierna, desde donde diezmaban a nuestros soldados. Frontera conoció que aquella orden era disparatada, pero obedeció y cayó a pocos instantes muerto al frente de su escuadrón. El segundo dijo a Montemar: “Deseo que no haya un solo hombre en mi batallón, que deje de disputar a los americanos la tierra de mis padres”; y el coronel, y casi todo el cuerpo de

⁵ Gabriel Valencia.

⁶ Se refiere a la batalla de Padierna, en la cual las fuerzas mexicanas derrotaron al ejército estadounidense comandado por el general Winfield Scott.

San Blas, se sacrificaron por México a los pies de Chapultepec, en la mañana del 13 de septiembre del año siguiente. No dijeron “la guardia muere y no se rinde”, como la guardia de Napoleón; pero tendidos en el campo de batalla, cubrieron con sus cuerpos exánimes el mismo sitio que se les señaló estando vivos.

Xicotécatl, indígena de la parcialidad de Santiago, selló con su muerte una carrera gloriosa en que sirvió a la libertad y a la independencia de su patria. Guadalajara no olvida aún, a pesar de tantos hechos heroicos que en esa ciudad se han repetido, el esfuerzo con que combatió allí después del famoso 20 de mayo de 1846 contra las tropas que Paredes envió a sujetar a los liberales, lo que nunca pudo lograr. Xicotécatl, en nuestras dos grandes capitales, dio ejemplos que han hecho recordar la invencible bravura de aquellos aztecas que disputaron palmo a palmo el terreno de México, contra la superioridad de las armas que trajeron los soldados de Cortés, contra las enfermedades que asolaban a la antigua Tenochtitlan, y contra la traición de los tlaxcaltecas y de muchos aliados del imperio de Guatimoc.

De Frontera hemos dicho ya que murió víctima de la disciplina a militar y de su valor, expiando una falta antigua, que más bien debe recaer sobre el general Paredes; porque mandando aquél el regimiento de Querétaro, fue de los que desde San Luis Potosí vinieron a derribar al gobierno legítimo que le había confiado la defensa nacional.

Los muy pocos soldados del bizarro batallón de San Blas, a quienes respetaron las balas enemigas, se retiraron pausadamente en el luctuoso día a que nos hemos referido, mandados por el mayor Romero,⁷ que pocos días después de la entrevista que hemos descrito, había sido nombrado para reemplazar a Montemar.

Éste, luego que se vio solo, se puso apresuradamente el uniforme, dando algunas vistas al espejo; buscó la llave de la puerta de abajo, maldiciendo porque tardaba en encontrarla. Cuando la halló, se dirigió a la escalera, y al empezar a bajarla, exclamó con acento rabioso, apretando en sus manos la llave y levantándola como si fuera cetro:

⁷ Este jefe, al retirarse de México todo nuestro ejército en la noche del 13 de septiembre de 1847, guardó la caja del cuerpo en uno de los nichos mortuorios de San Diego, a fin de que pudiesen examinarse después sus cuentas y se conociese su integridad. Este es un ejemplo que tiene pocos imitadores. [Nota del autor.]



—¡Ah, Xicoténcatl, indio engreído, tiempo vendrá en que te humilles ante mí! Y tú, Rivera, si ahora te has librado del banco de palos que te había recetado, yo te asentaré la mano en otra ocasión.

Los americanos libraron a Montemar de cumplir su promesa, porque el coronel y el soldado sucumbieron en Chapultepec.



2. EL 9 DE SEPTIEMBRE DE 1846 (CONTINUACIÓN)

El repique que habían oído Frontera y Xicotécatl, se hizo general en la ciudad; anunciaba la llegada de Santa Anna, después de un destierro de cerca de dos años.

El memorable 6 de diciembre de 1844, la nación entera había arrojado del poder a este hombre funesto, y apenas habían corrido dos años cuando entraba triunfante a la capital, tirada su carroza por el pueblo, atronando el aire los cohetes, las campanas, los vivas y el estallido del cañón.

En el carro triunfal que al efecto se le había preparado, le acompañaba un patriota venerable, que ha bajado a la tumba respetado de todos los partidos como modelo de integridad y de firmeza en sus principios políticos. Entre Santa Anna y don Valentín Gómez Farías, que era el personaje a que nos referimos, venía colocado un cartel de la Constitución de 1824. Un grande arco muy adornado que se puso en la bocacalle de Plateros y Empedradillo, bajo el cual pasó el carro triunfal, sostenía en la parte más elevada una pintura alegórica de la fusión del pueblo y del ejército, representados por un hombre de blusa, y por un soldado, dándose la mano en señal de esa fraternidad, que tantas veces, y de un modo tan sangriento hemos visto después interrumpida. ¿Qué significa, dirá tal vez alguno, esta veleidad del pueblo mexicano? ¿Cómo incienza hoy al ídolo que derribó ayer? ¿Cómo tira de la carroza del proscrito, quitando su oficio a las bestias, por las mismas calles en que arrastró frenético el pie que aquél había perdido contra los franceses en 1837, y que reposaba en un panteón?

Esta veleidad a nuestro modo de ver significa que la nación herida en su dignidad por las batallas de Palo Alto y de la Resaca, que nos habían sido adversas, quería a toda costa ser vengada y olvidaba todo, y perdonaba a Santa Anna sus repetidos extravíos, si vencía a los norteamericanos. Paredes había vuelto la espalda al enemigo extranjero pro-

nunciándose contra el presidente Herrera,⁸ cerca de San Luis Potosí, y había venido a ocupar a México deseando establecer la monarquía extranjera que algunos ilusos fomentados por la España abrigaban, y había caído ante el desprecio universal. Santa Anna venía a reparar muchas faltas, las suyas y las de otros; podía conquistar de nuevo el amor de sus conciudadanos, y el aprecio del mundo. ¿Qué es lo que le faltó, genio o fortuna?

Otra consideración de mayor importancia debemos exponer: ¿cómo es que la revolución de 6 de diciembre, tan gigantesca en sus esfuerzos, tan uniforme en la opinión, que aun pareció acercar los partidos a una conciliación, cayó al impulso de algunos batallones rebeldes, y retrogradó tanto que a poco tiempo vino a pedir para defender el suelo patrio la cooperación de aquel a quien había aprisionado en Perote, como avergonzada de haber sido tan grande, tan impotente y tan nula en sus resultados.

El movimiento del 6 de diciembre que se conserva en la memoria de los mexicanos como un grato recuerdo por lo que pudo producir, se *esterilizó* a nuestro modo de entender, porque se suscitó el cambio político, y olvidaron los gobernantes *del todo* la reforma social en pos de la cual camina México desde 1810.

Los que toman sobre sí la dirección de un pueblo que ha entrado en el movimiento revolucionario, es decir, que quiere cambiar el orden antiguo de las cosas, para estar mejor, debieran reflexionar primero, que no hay término medio posible entre favorecer el impulso o reprimirlo, y por esto juzgamos que los que gobernaron inmediatamente después del 6 de diciembre no comprendieron su posición, no supieron descifrar las notas que convenía hacer sonar, no hicieron nada duradero, y aquel esfuerzo glorioso se agotó en pocos días, porque le faltó objeto

⁸ El jalapeño José Joaquín de Herrera fue presidente entre el 12 y el 21 de septiembre de 1844. Al principio de su carrera militar fue realista y combatió a los insurgentes en 1820. Luego formó parte del Ejército Trigarante y fue diputado en el primer Congreso Constituyente. Estuvo preso en Perote por órdenes de Santa Anna. Cuando el Senado nombró presidente a Valentín Canalizo, Herrera era presidente del Consejo de Estado, por lo que ocupó la presidencia de manera interina, durante la ausencia de Canalizo. Volvió a la presidencia en diciembre del mismo año, y ocupó el cargo hasta el 14 de junio de 1845, cuando finalmente fue electo como presidente constitucional. Pero fue destituido en diciembre de 1845 debido a la rebelión de Mariano Paredes. De nuevo ocupó la presidencia constitucional en 1848, hasta 1851, cuando Mariano Arista lo sustituyó. El resto de su vida dirigió el Nacional Monte de Piedad (*DEM*).

que apasionase al pueblo, interés positivo que le impidiese desmayar en sus esfuerzos; hubo, como es costumbre, palabrería política sin ningún beneficio a la generalidad.

Entre el partido que avanza, y el que quiere retrogradar, comprendemos que puede haber, con infinitos matices, otra reunión de hombres que quieran *conservar* la *vita bona*, que teman el arranque de los radicales y las exageraciones de los retrógrados, horrorizándose y muy justamente de toda tiranía; pero ponerse al frente de un pueblo en revolución, para no hacer nada que lo mejore, que le haga sentir algún bien, es preparar traidora o torpemente el triunfo de los enemigos, por la calma y confianza en que entra el mismo pueblo mientras espera, y por la indiferencia con que ve los negocios públicos cuando se desengaña.

Montemar, a quien hemos dejado cerrando su casita de la calle de Santa Isabel, atravesó rápidamente las de San Francisco y de Plateros, sin detenerse en admirar, como otras veces, echando el lente, a la multitud de hermosas jóvenes que se asomaban a los balcones; pasó bajo el arco triunfal sin concederle una mirada a su alegría; atravesó la gran plaza llamada de Armas, entró al palacio y se instaló en el salón de las asistencias oficiales, arrellanándose en un sillón de los más cercanos al dosel, limpiándose antes el sudor y las botas. Poco a poco fueron llegando las comunidades religiosas, los colegiales, los empleados de las oficinas públicas y algunas comisiones encargadas de felicitar al nuevo jefe del Estado, quien después de algunos momentos llegó al palacio, entró por la puerta excusada a las habitaciones que dan al jardín, y mandó decir a los concurrentes por medio del gobernador del mismo palacio, que agradecía mucho aquella atención, pero que el cansancio le impedía recibir tan gratas felicitaciones.

Todos se retiraron, menos Montemar, que entró denodadamente al salón que después se ha llamado de Iturbide, por el retrato de cuerpo entero de este caudillo que allí se mira, penetró por las piezas que están antes y después del baluarte del Sur, y repentinamente se encontró de manos a boca, como dicen, con el general Santa Anna. Éste venía acompañado de algunos *íntimos* que le seguían con gran veneración, y luego que distinguió a nuestro comandante frunció el entrecejo de un modo amenazador. Montemar adelantó sin cortarse, y le dijo de un modo muy marcial:

—Sólo por dar al ilustre desterrado en Cartagena un respetuoso abrazo, me he atrevido... y abrió los brazos.

Santa Anna no pudo evadirse; se dejó abrazar de Montemar sin conocerle de pronto; pero fijándole más la atención lo reconoció al punto, pues tiene una prodigiosa memoria.

—¡Ah!, dijo, ¡Montemar! de Tulancingo ¿eh?

—Por favor de Vuestra Excelencia ingresé a la car...

—Ya, ya... ¿en qué cuerpo está usted empleado?

—En San Blas; mas yo deseo servir cerca de Vuestra Excelencia.

Santa Anna le echó una mirada escudriñadora, que aquél sostuvo sin perturbarse, y satisfecho del examen —Bien, dijo; y luego dirigiéndose al oficial mayor del ministerio de la Guerra, que estaba presente:

—Ponga usted las órdenes para que desde hoy quede agregado a mi estado mayor el teniente coronel Montemar.

—Soy sólo comandante, dijo éste con torpeza estudiada.

—Gracias al noble pueblo mexicano tengo facultades para premiar a los buenos y leales servidores de... la nación, ¿estamos?

—El más profundo agradecimiento, dijo Montemar, inclinándose casi hasta perder el centro de gravedad, quedaré eternamen...

—A empezar el servicio, señor teniente coronel; pase usted al salón de anuncios y diga a cuantos se presenten que no estoy visible para nadie, ¿estamos? Luego añadió con cierta causticidad que el grado concedido a Montemar parecía disculpar y que hizo reír estrepitosamente a los *íntimos*:

—No quiero recibir hoy muchos abrazos.

Montemar se volvió a inclinar, aunque un poco menos, ruborizándose, y fue a instalarse lleno de contento al lugar de su guardia.

Uno de los defectos de Santa Anna es creerse sinceramente amado y admirado por los que lo adulan: y como por otra parte es modelo de mezquindad, paga con larga mano las más insignificantes demostraciones hacia su persona, prodigando empleos, cuyo gravamen reporta después la nación; éste es el secreto que atrae a sus numerosos partidarios.

Poco después de la excusa que hemos bosquejado, apareció en el corredor cerrado con vidrios, que está frente a la entrada de la presidencia, la oficialidad de un cuerpo de caballería, y la de otro de infantería; sus jefes, que eran Frontera y Xicotécatl, entraron al saloncito que está después del cuarto de los ayudantes, y encontraron a Montemar paseándose muy estirado delante de algunas pobres viejas pensionistas, que habían ido a ver si conseguían algún socorro hablándole a Santa Anna.



—¿Qué estará loco?, preguntó Frontera a su compañero, luego que vio al nuevo teniente coronel tan estirado.

—No lo creas, dijo Xicotécatl, ése no come lumbre.

Al dar la vuelta Montemar vio a los dos amigos que hablaban y se dirigió a su encuentro con la mayor afabilidad, aunque sin decirle ya a Xicotécatl, “mi coronel”.

—Pasen ustedes, compañeros.

Los dos amigos se miraron mutuamente, no sabiendo qué pensar de aquel ofrecimiento hecho con el tono de uno de la casa. Montemar, sin darse por entendido, continuó:

—Su Excelencia ha llegado muy fatigado, creo que tiene jaqueca; no recibe hoy a nadie, lo que siento mucho por ustedes, y por estas señoras, y designó con la mano a las pobres viudas que salieron luego diciendo: ¡tiene jaqueca el presidente!

Los oficiales que habían ido a felicitarlo también se retiraron, despidiéndose antes muy secamente de Montemar, Frontera y Xicotécatl.

Al día siguiente apareció en el diario oficial una larga lista de ascensos concedidos por el Excelentísimo Señor General en Jefe, encargado del Ejecutivo, en la misma tarde de su llegada, con que había premiado los méritos de los buenos servidores de la nación. En la lista figuraba Montemar como remunerado de sus fatigas en la sierra. Al leer el diario el nuevo ayudante se puso a recapacitar a qué época de su vida corresponderían aquellos trabajos, pues no recordaba haber hecho otro camino que el de Tulancingo a México, que dura a lo más dos días, y aun entonces ha exclamado al rendir su primera jornada, en Pachuca, como un general que se ha hecho célebre: ¡Qué grande es la República!



3. LA CARTA FUERTE

La casa de don Domingo Dávila se hallaba en la calle de Medinas número 8, y en ella el escritorio para despachar los pocos negocios que aún tenía pendientes, pues ya hemos dicho que deseaba quedar expedito para marchar a España; su familia, es decir, Rosita y sus criadas habían vuelto de la *temporada*, y a la vez que el piano, los pájaros y el alegre tráfago de los sirvientes animaba la parte superior, abajo se recibían y despachaban algunos cargamentos, conservando siempre don Domingo su actitud reposada y severa en el escritorio que estaba arriba, desde donde observaba tanto a las visitas que pasaban a ver a Rosita, como a los que entraban en el almacén.

El escritorio y la caja de seguridad que había hecho Fernando Henkel, estaban en una pieza amplia que se encuentra al lado derecho de la escalera con verjas que dan al corredor. Esta pieza, casi independiente del resto de una espaciosa casa como es la que hemos indicado, se comunicaba por una especie de asistencia, después de la cual hay varias recámaras hacia la izquierda del que entra, un comedor y otras dependencias hasta los cuartos de la azotea por la derecha. Las personas de distinción, que no podían ser introducidas al escritorio, después de pasar dos elegantes puertas de fierro, una al entrar al patio y otra en lo alto de la escalera, seguían de frente hasta encontrar la antesala y en seguida un hermoso salón amueblado con el más exquisito gusto. La antesala, que en un tiempo era probablemente tan ancha como la sala, estaba dividida por una pared, formando de este modo una bonita recámara que ocupaba de preferencia el señor Dávila, porque quedaba precisamente en frente del escritorio, y permitía ver desde el balcón que cae al patio, a todas las personas que entraban y salían de la casa, a cuya ocupación era muy afecto el dueño de ella, porque celaba a su hija y porque cuidaba de su dinero.

La indicada pieza sólo se comunicaba con la recámara de Rosita sin tener otra salida.

En el mismo día de la llegada del general Santa Anna a la capital, ya por la tarde, a la hora de cerrar el escritorio, llegó a buscar a don Domingo el individuo que había dirigido la partida que se puso el día del santo de su hija, y saludándolo le presentó un papel.

El señor Dávila lo recorrió con la vista, y poniendo una cara de vinagre, se lo devolvió al director de la partida diciendo secamente:

—No estoy conforme, don Tiburcio.

Era este nuevo personaje alto, algo cargado de hombros, de constitución nerviosa; los ojos estaban medio cerrados por lo mucho que bajaban los párpados superiores, y apenas podía distinguirse que eran verdes y siniestros; la frente rugosa, la nariz fina y rematando en un filo; el labio inferior un poco saliente, y la punta de la barba armada de un escaso pelo, entrante hacia la boca. Todo este busto colocado en dos anchas espaldas, mediante un cuello largo, rígido y lleno de músculos visibles.

En el momento que don Domingo Dávila le manifestaba con disgusto que no estaba conforme con la cuenta que lo presentaba en el papel, el jugador hizo un gesto moviendo la quijada inferior como si mordiese freno, y alargó el labio con una mueca diabólica para contestar con cierta audacia:

—¿Por qué?

—¡Que me lo pregunte usted, don Tiburcio! ¿Qué tengo yo que ver con los dieciséis mil pesos perdidos por ese joven Henkel?

—Comensal de la casa de usted ¿cómo habíamos de desairar su pedido? Bastaba que...

—No basta nada, señor. ¿Respondo yo acaso por lo que pierden todos los que me visitan?

—Nos hubiera usted advertido al menos...

—¿Qué había yo de advertir?

—Que ese joven no tiene capital propio y que las máquinas que vende están en comisión.

—Yo no sabía eso; y además, no acostumbro contar lo que pasa a mis prójimos.

—Pero es el caso que usted es el que sale perjudicado.

—¿Cómo es eso?

—El fondo efectivo quedó muy disminuido, porque todos apostaban con contra ese Señor Henkel cuando perdió, y con la caja del señor L..., a quien no se le puede cobrar, es ya muy poca cosa.

—¿Y por qué no se le puede cobrar?



—En estos días se le ha buscado y no ha podido encontrársele; ahora según corre la voz, va a subir a ministro...

—¿Cómo? ¿Se atreverá a aceptar una cartera? He ahí señor mío lo que pierde a este país esa veleidad de sus hombres públicos. ¡Voto a mil...! Pero al caso, don Tiburcio, cobre usted a uno y otro sujeto, que algo se podrá recoger; la pérdida debe prorratearse entre los tres socios, es cosa muy sencilla, una compañía a pérdidas y ganancias, en la que yo puse la mitad del capital; pero cobre usted, ivan ya nueve días, don Tiburcio!

—Y pasarán mil; el maquinista se ha escondido, el otro va a ser ministro; idinero perdido!

—No señor, eso no puede ser; como usted está ya indemnizado de su trabajo, no tiene empacho en decir idinero perdido!, pero sepa usted señor mío que ahora se consigue un peso con mucho trabajo, y que yo acostumbro ser muy testarudo para defender mis fondos. ¡En buena me ha metido usted!

—¿Pero qué quiere usted que yo haga?

—Parece usted chiquillo, y que es la primera vez que se halla en estos lances; yo nunca he jugado ni he puesto en riesgo mi dinero, sino por las seguridades que usted vino a ofrecerme de que en ningún caso se perdería; y ¡ahora me pregunta lo que ha de hacer!

—Contando con que las personas de la tertulia de usted serían solventes...

—¡Qué solventes, ni qué demonio! aquí todos son unos tramposos; no se puede fiar un saco de alacranes; no así en Madrid, donde según me han asegurado, un bigote puede ser garantía de millones.

Al decir esto, dos escribientes que estaban copiando facturas y haciendo varias sumas, algo apartados del lugar en que se hallaban los interlocutores, se dijeron a media voz:

—Ya empieza el vejete con Madrid; saldremos muy tarde porque la relación siempre es larga; ¡ahora que hay tan poco que hacer por estar fuera el dependiente principal!

Pero en aquella vez no se verificó lo que temían los escribientes, pues el señor Dávila continuó con voz alterada:

—Cobre usted; visite a los deudores, escríbales, estréchelos, ¿cómo se ha de quedar esto así?

Don Tiburcio, viendo que el viejo se enojaba, amainó un poco, y se limitó a decir:

—Muy bien, les cobraré, los estrecharé; ¿pero qué respetabilidad tengo yo? Deme usted unas cartas que me autoricen...



—¿Unas cartas?, dijo el señor Dávila reflexionando; sí, para ese Henkel no hay inconveniente; mas para el otro que según dice usted va a ser ministro... lo pensaremos.

—¿No ha vuelto el dependiente principal?, preguntó a los que escribían.

—No señor, contestó uno de éstos.

—Pues saque usted papel; una carta como quiera se pone, escriba usted “Señor don Fernando Henkel”.

—¿Ya escribió usted la fecha?

—Sí, señor.

—“Muy señor mío. Es ciertamente una desgracia” —el escribiente iba repitiendo las últimas palabras— “que usted haya dejado en descubierto su honor, por los dichos dieciséis mil pesos”.

El escribiente se detuvo no atreviéndose a poner los *dichos*, leyó todo lo que había escrito, y se quedó mirando al que dictaba. Éste le preguntó con enfado:

—¿Qué detiene a usted?

—Señor, como no hemos hablado de los dieciséis mil pesos.

—Pues bien, replicó don Domingo poniéndose colorado; ya sabe usted el objeto de la carta, conclúyala; pero que esté fuerte, muy fuerte; dígame usted que ha sido indigno de la distinción con que se le ha tratado en casa, y que lo que ha hecho es una fullería.

A poco concluyó el escribiente y presentó la carta al señor Dávila, quien la firmó sin leerla, y cerrada se la entregó a don Tiburcio. Iba a hacerle a éste nuevas recomendaciones, cuando se presentó un criado con librea, vestimenta muy poco usada en la república, por lo que conoció que venía de casa de algún personaje de noble alcurnia; preguntó el criado por el señor Dávila y entregó a éste un papelito cerrado y sellado. Lo abrió y leyó estas palabras de una letra que le era muy conocida: “Esta noche a las ocho; contamos con la casa de usted”.

El señor Dávila dobló el papel, despidió al criado con una señal de cabeza, dio la mano a don Tiburcio, quien comprendió que debía irse, y mandó cerrar el escritorio.

Dispuso se sirviese la comida, y durante ella conservó un semblante adusto; pero no regañó, por la costumbre que había contraído de no afligir a su hija, a pesar de que tenía muchas ganas de desfogarse. No encontrando una transición oportuna para romper su silencio y explicar el profundo dolor que le causaba pensar que había perdido

neiciamente una cantidad no pequeña en el juego, que había costea-do a sus tertulianos en San Ángel con el loable fin de ganarles algo, dijo bruscamen-te:

—¡Eso logra uno por llamar a su casa a esos peeles!

—¿Pues qué ha sucedido papacito?, preguntó Rosa a media voz.

—¡Una niñería! ese Henkel que tanto me disgusta, perdió mil onzas la otra noche, y tengo yo ahora que gastarlas; y lo peor de todo es que no aparece, se ha escondido.

La joven se puso encendida, y vio a Clarita que estaba frente de ella, como si le suplicara que no juzgase mal de Fernando.

El portero entró en aquel instante y dijo respetuosamente al señor Dávila:

—Un señor está ahí, que insta mucho por ver a usted.

—Dígale que no es hora de verme, que está ya cerrado el escritorio.

Se le ha dicho eso; pero replica que usted lo ha llamado para esta tarde, y que no puede esperar.

—Yo no he citado a nadie para esta tarde, contestó don Domingo recapacitando; dígame que vuelva mañana.

Salió el portero y se oyó desde el comedor en que estaba la familia un altercado que pasaba en el corredor entre el criado y el que instaba por ser recibido.

—Dígale usted, exclamaba este último, que ha de ser ahora mismo.

—Pero si está comiendo...

—Yo también comía cuando he recibido su insolente carta, y su-puesto que no quiere usted avisar, yo entraré.

—¿Quién ese atrevido?, exclamó el señor Dávila saliendo al corredor.

—¡Yo!, contestó lleno de ira un joven vestido de negro, a quien nues-tros lectores conocen ya, pues era Fernando Henkel. Yo, que he recibi-do una carta grosera firmada por usted y que se la vengo a devolver. Y se acercó al señor Dávila dándole un papel que éste tiró al suelo, con desprecio. Acordándose en seguida don Domingo de la carta fuerte que había firmado poco antes, y apechugando con las consecuencias, gritó:

—¡Eso merece el que pide dinero bajo su honor, y se esconde des-pués por no pagar!

El joven dio un grito agudo, desgarrador, como si le hubiese sobre-venido algún grave accidente, y se agarró la frente en ademán de contenerse. Algo repuesto de su terrible emoción y con voz ronca, entrecortada por la cólera, respondió:

—No ha de ser pequeña la parte que a usted toque en este robo pues tan implacable se manifiesta... Sáciense; ahí esta el oro que reclama y sea en otra ocasión menos grosero.

Al decir esto arrojó a los pies del señor Dávila un taleguito que tomó de manos de su criado Gregorio, que le acompañaba cargando dos bultos dentro de su sarape. El talego se rompió al chocar con el pavimento del corredor y dejó correr las onzas de oro que contenía, describiendo éstas varios círculos y produciendo un sonido muy fino. Algunas de las lucientes monedas al rodar fueron a tocar los pies de Rosita, que salió con Clara espantadas de aquella cuestión. Al ver tal escena Rosita lanzó una terrible mirada al joven, mientras éste, que ya había tomado el segundo bulto de mano de Gregorio para arrojarlo sobre el viejo, luego que la conoció y sufrió el influjo de aquella mirada en que se pintaba un orgullo infinito, dejó caer sus brazos, aflojó sin sentirlo sus manos, y de entre ellas se deslizó el bulto cayendo a sus propios pies sin causar más que un sonido confuso.

El señor Dávila gritó, se enfureció, vino hasta muy cerca del joven con ademán amenazador; pero éste, silencioso como una estatua, arrancándose con los dedos de la mano izquierda su pequeño bigote, y descansando el dedo gordo de la derecha en los botones del chaleco, ni oía, ni quería ver otra cosa que a Rosita.

Ésta logró al fin hacer entrar a su padre, y el joven, viéndose rodeado de los criados que habían venido a la novedad, se retiró después de haber observado con profundo dolor que Rosita no se había dignado volver a verle, aunque hubiera sido con enojo, cuando se retiró de la escena.

Clara, al notar que se alejaba el joven, dio orden de que recogiesen el dinero, levantó la carta y se la transmitió a Rosita.

El señor Dávila que se creía triunfante por el silencio de Fernando, pronto se restableció de su emoción.

—¡Te aseguro, le decía a su hija ya recuperado, aunque todavía apretaba los puños, que si ese mozalbete no se ha humillado, hubiera sabido quién soy!

Rosita, que había conocido perfectamente el poder que tenía sobre su amante, y que había leído ya el papel que había recogido Clarita, viendo a su padre ya tranquilo, le dijo:

—Pero papá, esta carta está muy desatenta.

—¡Cómo! ¿Tú también? ¡Esa faltaba!

Rosa, sin inmutarse por el enojo de su padre que empezaba de nuevo, le dijo, tenga usted la bondad de oírla y leyó:



Señor don Fernando Henkel.
México, septiembre 9 de 1846.

Muy señor mío:

Es ciertamente una desgracia que no haya usted cubierto su honor, olvidándose que debe dieciséis mil pesos, y que yo tendré que satisfacerlos. Más que el pago, me duele considerar que se haya usted mostrado tan indigno de la distinción con que se le ha tratado en casa, y que a la fullería con que se ha manchado añada una vergonzosa ocultación de su persona, y según me han asegurado, de sus bienes. Espero no obstante, que haciendo usted un esfuerzo, pagará en esta misma tarde, siquiera alguna parte de su deuda, para probar, que si hasta ahora no ha sido usted decente, con el tiempo podrá llegar a serlo.

Esta carta, leída con la sonora voz de Rosita un poco alterada, y con una grave puntuación, pareció a su padre excesivamente dura e insultante, como efectivamente lo era; pero no sabiendo disculparse noblemente ante su hija, echó la culpa al pobre dependiente, que por no estar presente el encargado de la correspondencia, la había escrito, sujetándose a las prevenciones del amo, quien le había recomendado que pusiese una carta muy fuerte.

Olvidando adrede esta recomendación, exclamó:

—¡Oh! son insoportables los dependientes mexicanos; siempre hacen las cosas al revés. Mañana echaré al escribiente que puso esa carta excediéndose de mis instrucciones.

Observando después que habían colocado los dos talegos de oro sobre la mesa que tenía delante, dijo:

—Que lleven ese dinero al almacén y que le den entrada. Rosita, añadió, dirigiéndose a su hija con amabilidad; esta noche no es de tertulia, ¿no es verdad?

—Es de teatro, contestó la joven, y a fe que es una linda pieza la que van a dar, ¿no Clara? ¿Cómo se titula?

—“Cora o la sacerdotisa del sol”, respondió la joven sin tardarse.

—La Cañete y Mata⁹ hacen en esta pieza su papel admirablemente; ¿no va usted, papacito?

—No, contestó el señor Dávila, ladeando un poco la cabeza después de haberla erguido; tengo un grave negocio.

⁹ María Cañete y Juan de Mata, actores de mediados del siglo XIX en México.



—Yo había convidado a unas amigas mías; con ellas iré, si le parece a usted.

—¿Quiénes son?

Rosita dijo el apellido de sus amigas, y su padre, que no las conocía, frunció el entrecejo en señal de disgusto:

—Siempre te acompañas tú así, con gente desconocida, de baja esfera...

—No, papá, usted mismo las llevó un día a San Ángel, son las ex-marquesas de...

—¡Ah! ¡Ah! eso es otra cosa; entonces muy bien, vaya usted con sus amigas las ex-marquesas.

—¿Le hará a usted falta el coche?

—No, y para mayor seguridad, déjame uno de los lacayos, que sabe de cochero, y en caso indispensable se pondrá el nuevo landó, aunque yo deseaba que lo estrenase mi hija.

—Gracias, papacito, contestó Rosita, dándole un abrazo que el anciano recibió con ternura, besándola en la frente.



4. EL CONCILIÁBULO

Serían las nueve de la noche cuando empezaron a entrar en el salón de la casa del señor Dávila unos bultos oscuros que de pronto no era fácil distinguir, porque el alumbrado del corredor intencionalmente se había disminuido. Tocaban la puerta del zaguán los que iban llegando, y la cadena no se destrababa hasta que no daban su tarjeta, la cual era llevada a un dependiente que había en la antesala, y que miraba si el nombre de la tarjeta estaba comprendido en una lista que tenía delante, y si llevaba la contraseña convenida para dar la orden de que abriesen, pues el señor Dávila para nadie estaba en casa, y había encargado que respondiesen que había ido al teatro con la señorita.

Sucesivamente fueron entrando a la sala, que tampoco estaba muy iluminada, dos mayordomos de monjas, gordos, colorados, cincuentenos, gachupín el uno que había venido a buscar fortuna a la América con la bendición de sus padres, y que gracias a sus mañas, no le había sido esquiva; el otro era mexicano, furibundo demagogo hasta 1833,¹⁰ después del partido de la Iglesia, y como tenía que acreditarse en éste, mostraba una actividad y un entusiasmo contra sus antiguos compañeros llamándoles impíos, que edificaba. Llegaron después dos canónigos, acatarrados, gotosos, seguramente por no trabajar, quejándose del mal tiempo, aunque el resplendente sol de México no había dejado de calentar el aire en todo el día, y no se sentía en aquella noche más que una suavísima brisa; uno de ellos era inmensamente rico, por cuyo motivo le guardaba el otro las más atentas consideraciones.

Se presentó también un viejecillo, de bigote crecido, tieso, con aire muy marcial, de un físico tan destruido que no prometía acabar el año con vida.

¹⁰ En ese año el vicepresidente Valentín Gómez Farías encabeza una serie de reformas que incluyen la secularización de las misiones y la supresión de la coacción civil para el cumplimiento de votos religiosos.

Finalmente el viejo colorado, de tos asmática, que vimos en San Ángel en la comida que dio el señor Dávila, entró acompañado de otro personaje que llevaba peluca y a cada momento se componía los anteojos engastados en oro; el semblante de éste era rubicundo, su cuerpo grueso, su modo de andar afectado, con la cabeza echada para atrás, y por una manía inexplicable en persona tan pretenciosa, no sabiendo qué hacer con sus manos, llevaba siempre en una de ellas la mascada extendida que dejaba caer y ondeaba como bandera. Éste era el secretario de aquella junta, y también había sido como el mayordomo de que hemos hablado, furioso demagogo, o como en otro tiempo se decía, *yorquino*. Viéndose pobre y sin negocios, pues seguía la carrera del foro, y observando que el partido liberal nada tenía que dar, y que en el otro daban *tajada*, se dijo a sí mismo: *me paso al moro*.

Después de recibir cada uno de los concurrentes los cumplimientos del señor Dávila, según la categoría de los personajes, abrió la sesión el viejecillo de la tos asmática, diciendo con una pronunciación rigurosamente española que encantaba al dueño de la casa, y con una acentuación muy reposada:

—Solamente nos faltan dos personas, que no tardarán en venir; aprovecharemos estos momentos, porque según dice el refrán, el tiempo perdido los santos lo lloran.

Los circunstantes acercaron sus sillas, y se oyó cierto rumor de aprobación que animó al viejecillo.

—Me harán ustedes la gracia de recordar que todas las predicciones que hice en la última junta que tuvimos en esta casa se han realizado.

El señor Santa Anna ha entrado hoy a México, con don Valentín Gómez Farías, en una carroza, llevando con gran veneración un ejemplar en cartel de la Constitución de 1824, remedando los vítores de La Merced.¹¹ Esto por ser tan ridículo no es de importancia; pero lo que sí debe alarmarnos mucho es esa fusión del pueblo y del ejército, porque luego que adviertan los señores liberales que el partido de la Iglesia está defendido solamente por sus armas espirituales, le darán furiosos ataques.

Los canónigos tosieron, y el militar se retorció el bigote. El de la tos asmática continuó:

—Nosotros, que antes que todo deseamos morir en la fe católica de nuestros abuelos...

¹¹ El 26 de diciembre de 1846 el Congreso nombró a Antonio López de Santa Anna y a Valentín Gómez Farías presidente y vicepresidente, respectivamente.

—Ciertamente, dijeron a una voz los mayordomos y el señor Dávila.

—...Debemos prepararnos a defender la Iglesia, estorbando primero con cuanta energía nos sea posible, que esta nueva federación se consolide, y en caso necesario, que por desgracia puede ser muy próximo, acudiendo a otras armas que no serán las espirituales.

El orador pasó la vista por los concurrentes, pretendiendo adivinar cómo era recibido este grave anuncio de guerra civil; pero nadie respondió. Un silencio de algunos segundos se hizo sentir, el cual fue interrumpido por un toque suave dado en la vidriera de la sala. Salió el señor Dávila con una ligereza de joven, dejando a sus visitas en grande inquietud, y volvió inmediatamente diciendo:

—Dos padres mercedarios están en la puerta del zaguán y pretenden entrar; pero no traen ninguna contraseña.

—¡Qué imprudencia de padres!, exclamó el secretario, ¡venir en ese traje y sin la contraseña!

—Que entren, dijo el presidente.

Efectivamente, dos frailes vestidos de blanco estaban en la puerta de la calle esperando ser admitidos, y llamando la atención de algunas gentes del pueblo que pasaban y decían:

—¿Qué andarán haciendo estos frailes? ¿Ésta es la clausura que guardan?

—¡Clausura!, decía otra voz, si ninguno vive en el convento. Ya podían dar a los pobres sus celdas, que ellos para nada las necesitan.

—Ya se ve, replicó la primera, para andar revolucionando buenos son ellos; ¿no ves que tocan en la puerta de don Domingo el gachupín?

De esta suerte aquellas gentes, con ese admirable instinto de que Dios ha dotado al pueblo, adivinaban con sólo el indicio que ofrecían aquellos mercedarios que tocaban de noche a la puerta de un aristócrata, que en aquella casa se tramaba algo contra su sosiego, y manifestaban el modo de poner en paz a aquellos conjurados, diciendo: “¡Ya podían dar a los pobres sus celdas pues para nada las necesitan los religiosos!” O de otra manera más general, pero con el mismo pensamiento: ¡ya podían darse a los pobres los bienes del clero, pues esto además de ser eminentemente cristiano, pondría a éste en la imposibilidad de pagar los eternos trastornadores de la República!

Luego que entraron a la sala los religiosos, uno de ellos, de mirada astuta, aunque de ojos aviesos, y de pronunciación confusa por la celeridad con que pretendía hablar, comenzó a abrazar a todo el mundo, disculpándose de su tardanza; el otro, en quien nadie reparó, se sentó



tranquilamente fuera de la rueda que formaban los que escuchaban al de la tos asmática, hasta que fue invitado para acercarse al corro. Restablecido el silencio, continuó el orador:

—Como ya hemos hablado sobre este mismo punto antes de ahora, y se ha reconocido unánimemente la necesidad de poner un coto a los avances de los demagogos que en la actualidad se hallan en el poder, me parece conveniente formular de una manera más precisa los pensamientos en que estamos de acuerdo, para que nos sirvan de regla de conducta. Al efecto, el señor secretario va a leer las proposiciones que hemos redactado, a las cuales pueden los señores que estén presentes hacer las correcciones que gusten.

El secretario dijo una introducción vanal y llena de exclamaciones que había estudiado de memoria, destinada a captarse la estimación de los mayordomos y los canónigos; y después leyó:

PRIMERA PROPOSICIÓN

Hacer que los llamados liberales se destruyan, creando al efecto una distinción que marque dos o más banderías¹² entre ellos.

SEGUNDA

Atraer a los militares al partido de la religión, haciéndoles creer que los demagogos los han de perseguir siempre, y que si ahora han transigido con ellos, es sólo porque los necesitan.

TERCERA

Atraerse al general Santa Anna haciéndole creer que lo que ha hecho es ridículo; lisonjeándole sus pasiones; llamándole grande hombre en todos nuestros periódicos y en lo privado, siempre que se presente la ocasión, y procurar al mismo tiempo que los exaltados lo ataquen y que lo traten con desprecio.

CUARTA

Poner un fondo considerable que garantizarán personas respetables a disposición de... (callamos el nombre de la persona porque desempeñaba un cargo muy elevado en la jerarquía de la iglesia mexicana) para que cuando llegue la ocasión, se emplee en pagar a la tropa que se logre convencer,

¹² Bando o parcialidad (DRAE).

comenzando desde luego por comprar algunos *sansculotes* que siembren la discordia entre los demás.

QUINTA

La ocasión de que habla la proposición anterior será llegada luego que el congreso que va a reunirse, o cualquiera de las llamadas autoridades impongan algún préstamo al clero, o destierre alguno de sus altos prelados. En tal caso sólo se esperará para obrar la resolución de... (el mismo personaje de quien se habla en la cuarta proposición).

SEXTA

Se comunicará estas proposiciones en calidad de acuerdos del directorio central a los directorios de Puebla, Morelia y Guadalajara encargándoles que, sin pérdida de tiempo, digan cuál es el fondo que tienen disponible, y el progreso de sus trabajos; en concepto de que la cantidad por ahora señalada para los de esta capital es de trescientos mil pesos, que han garantizado personalmente... (aquí seguían los nombres de los dos mayordomos y los dos canónigos que estaban presentes).

El canónigo rico tomó la palabra en seguida, echó un sermón indigesto contra los impíos, y concluyó con esta pregunta:

—¿Estará el señor *de* Dávila en disposición de facilitar el fondo indicado?

—¿Cómo?, respondió éste con estupefacción, yo no tengo ese caudal, y...

—No se necesita todo junto, replicó el canónigo; usted podría ir dando al reverendo padre que está aquí presente, o por su orden, quince, veinte, y a lo más treinta mil pesos, los cuales desde luego ganarían el uno por ciento mensual. Ahora la Iglesia está muy pobre y apenas tiene dinero disponible; pero muy pronto habrá y de sobra; porque está ya dado el acuerdo para que se cobren algunos capitales que estén vencidos; sólo que esta operación necesita algún tiempo y suma discreción.

—Efectivamente, añadió el otro canónigo, hay que escoger de entre los deudores aquellas personas que por sus opiniones ya manifestadas, no den seguridades al partido de la Iglesia, para exigirles...

—Pero ¿cómo quedo yo asegurado?, repuso tragando saliva el comerciante; yo tengo necesidad de...

—Muy sencillamente, contestó el canónigo rico; usted comenzará a dar el dinero cuando yo le avise, y no antes; el conducto forzoso para

la distribución será el reverendo padre y señaló al mercedario que había dado abrazos a todos; y el dinero que usted ministró comenzará a ganar el uno por ciento inmediatamente, siendo reembolsable a los dos o tres meses.

—¿Y con qué garantía?, dijo el señor Dávila entrando resueltamente en el negocio.

El canónigo sacó un papel doblado que dio a leer al comerciante.

Éste se puso las gafas, lo desdobló, lo vio al revés y al derecho, lo leyó muy despacio, y luego le dijo devolviéndolo:

—Muy respetable ciertamente, pero...

—¿Pero qué?, repuso con voz breve el canónigo.

—Yo no presto bajo esa garantía; esas responsabilidades colectivas no me gustan. Buenas firmas aunque sean pocas; dos me bastarían.

—¿Cuáles?

La del reverendo padre girando, y la de usted aceptando, cada vez que se necesite alguna cantidad.

Llegó entonces al canónigo la vez de titubear, y dijo:

—¿Yo? ¡Soy muy pobre! y además sería hacer una injuria a las respetables personas que suscriben el documento que usted ha visto.

—Esa puede ser la garantía de usted.

El negocio se aclaró tanto, era tan comercial, que no es extraño que llevara la ventaja *aparente*, el de la profesión, por lo que el padre dijo:

—El dinero no se necesita inmediatamente, así es que si llega a ser urgente no echaremos en saco roto la propuesta. Mañana daremos cuenta.

—Pero yo necesito aviso anticipado, replicó el comerciante, sintiendo un vago terror al considerar el compromiso que había contraído; mas luego se tranquilizó diciéndose a sí mismo: el negocio es excelente, fuera de que yo me detendré donde me convenga.

El presidente que había llevado las cosas hasta donde deseaba, y a quien había chocado el silencio e inmovilidad del otro mercedario, para conocer al menos el metal de su voz, dijo, dirigiéndole la palabra:

—¿Qué le parece a usted esto, reverendo padre?

Creyendo el mercedario de los abrazos que a él se dirigían, respondió:

—A mí, excelente; todo por la gloria de Dios y de su iglesia.

—Le hablaba yo al otro padre, interrumpió el presidente, y reiteró la pregunta:

—¿Qué dice usted reverendo padre?

—Que todo esto es muy malo, y que Dios lo ha de castigar severamente.



A estas palabras dichas con voz grave, clara y solemne como si saliera de un sepulcro, sucedió un profundo silencio, que nadie se atrevía a romper, semejante sin duda al que debió causar en el festín de Baltazar¹³ la prodigiosa aparición de aquella mano que escribió los misteriosos caracteres que anunciaban la ruina de Babilonia.

El religioso volvió a quedarse con la misma inmovilidad que antes, cubierta su cabeza con su capucha blanca, como si fuese un muerto a quien se diera por un momento la facultad de hablar.

Todos los circunstantes se miraron atónitos, cogidos *in franganti delicto*, y con muda y ansiosa expresión apenas disimulada, demandaban al mercedario de los abrazos cómo había venido aquel hombre a la junta.

—Señores, no tengan cuidado; dijo al fin el padre grave; es el lego de mi prelado, y tiene la manía de chancearse.

Inmediatamente se levantaron todos manifestando que no gustaban de aquellas chanzas, y se despidieron brevemente del señor Dávila. En la escalera iban diciendo:

—¡Qué imprudencia haber traído a este lego, o más bien este loco!

El padre grave se disculpaba con el viejecito de la tos asmática diciéndole:

—Ya sabe usted que yo no vengo en nombre propio, y se ha querido que me acompañase ese hermano, porque el otro compañero que ahora se halla enfermo tiene seguridad de que le referirá cuanto ha pasado. Yo esperaba deshacerme de él antes de entrar, y por eso he llegado tarde; pero es imposible, ese lego es el diablo.

Pero entonces estamos perdidos, porque irá a referir a todo el mundo lo que ha oído.

—A todo el mundo no; aunque le dieran tormento no revelaría una sola palabra; pero al que debía acompañarme lo instruirá de lo que ha visto y oído, pues le tiene una decidida adhesión y posee una prodigiosa memoria; pero en esto no veo inconveniente.

—¡Debió usted habernos advertido!

—No tuve tiempo, y usted no vio las señas que le hacía; sólo por no faltar a la cita entré con el lego, esperando que habría modo de impedirle que oyese y presenciase...

¹³ En el banquete de Baltazar se utilizaron los vasos del templo traídos a Babilonia por Nabucodonosor; en aquella noche apareció una escritura misteriosa en la pared de la sala, que fue descifrada por Daniel (*Enciclopedia de la Biblia*).



—Bueno sería tomar algunas precauciones para que no hable, ¿no es verdad padre?

El padre no respondió, porque vio que se acercaba el lego, y dio de codo al presidente, quien deteniendo el paso con pretexto de su asma, en el descanso de la escalera, para ver con la luz del farol qué había allí, la cara del lego, así que pasó éste delante de él por la seña que le hizo el padre grave de que avanzase, dijo para sí, después de haberlo conocido bien:

—Es indispensable impedir que hable este hombre; ¡por desgracia no hay muchos modos de cerrar para siempre una boca! ¡La vida política suele traer crueles necesidades!



5. EL LEGO MERCEDARIO

Fray Gil se llamaba el lego que hemos visto en la casa del señor Dávila. Era de muy nervudo, de ojos verdes saltones, de frente abultada y de color amarillento. Había sido llevado al convento de La Merced de México desde pequeño por la prodigiosa memoria de que había dado pruebas, pues siendo niño de doce años, repetía el calendario, y respondía sin titubear qué santo correspondía a cualquier día del año que se le preguntase. Acólito al principio, vistió el hábito de mercedario por la protección de un religioso que lo defendía contra otros, que primero se divertían con él haciéndole preguntas extrañas, a las que solía dar soluciones inesperadas, y cuando se enfadaban de la diversión lo maltrataban. Educado así entre la caridad de unos y las molestias de otros, se había acostumbrado tanto a creer que en la vida hay una continua disputa entre los buenos y los malos genios, que cuando empezó a estudiar filosofía, porque la gramática latina la despachó en muy pocos meses, y vio en el padre Jaquier por principio de cuentas la caída de Adán y Eva causada por la serpiente, se fijó para siempre en un sistema de seres buenos y malos, de ángeles rebeldes y sumisos, del principio del bien y de la virtud luchando eternamente con el principio del mal y del vicio; que ya nada pudo desarraigar en su animo ni modificar esta creencia fundamental. Lógico inflexible, de un talento singularmente profundo, siempre imprudente, imprevisivo, publicaba sin empacho que el imperio del mundo lo dividen entre sí Dios y el Diablo, atribuyendo al primero lo bueno, y al segundo lo malo, de manera que era doblemente fatalista.

Fray Gil se dispensaba a sí mismo de creer muchas cosas que un católico, y sobre todo un fraile, debe creer. Su frase favorita cuando cuestionaba era ésta: “Supongamos que es cierto”, y después presentaba terribles argumentos cuya respuesta escuchaba sin replicar jamás. Daba cuanto le pedían, y en cambio pedía a todo mundo, siendo todavía lo más notable, que una vez fijada su demanda no había esperanza



de hacerlo retirar sin lograrla, porque era implacablemente tenaz, aunque en obsequio de la verdad debemos decir que sus pedidos eran por grande necesidad y siempre muy módicos; fuera de este caso, cedía casi en todo a la menor insinuación, y aún sin ella por el gusto de ser agradable; pero en las cosas que negaba una vez era persistente hasta la temeridad, pues se consideraba siempre como un soldado del principio del *bien* y tomaba a su adversario como soldado del principio del *mal*.

Para dar una idea aunque imperfecta de su carácter, referiremos lo que pasó a fray Gil al presentar en su convento el examen de filosofía, que le valió le prohibiesen estudiar teología y recibir órdenes.

El sinodal, que era un padre maestro, le preguntó con toda la elación de un doctor, al ver la gran concurrencia que había de padres y coristas de varias órdenes, atraídos por la fama de fray Gil:

—¿Qué quiere decir filosofía?

—Dicen que se compone de dos palabras, contestó con voz clara fray Gil, sobre el réplica sus terribles ojos como si quisieran salirse de las órbitas; de dos palabras griegas que significan amor a la sabiduría.

—¿Cómo es eso de *dicen*? ¿Lo sabe usted o no?

—Padre, yo no sé griego.

—¿Por qué no define usted a la filosofía conforme a su autor: *cognitio rerum naturalium per causas*.¹⁴

—Porque el hombre rara vez conoce la naturaleza de las cosas, y casi nunca sus causas.

—¿Qué dirá usted de las cosas sobrenaturales?

—Que de éstas conoce mucho menos.

—¿Pues qué es lo que en general sabe el hombre?

Andar, comer, amar, odiar, hacer bien y hacer mal.

Una general y estrepitosa carcajada acogió el fin de esta respuesta, dicha de la manera más imperturbable. El réplica, muy amostazado, continuó después que se restableció el silencio:

—Fray Gil, este acto es muy importante; es necesario que responda usted con seriedad.

—Nunca me río, respondió fray Gil, con una impasibilidad pasmosa; y el concurso que ya estaba excitado, viendo que el padre maestro tomaba por su cuenta ponerse en ridículo, continuó por algún tiempo haciendo ruido, gozando la mortificación del doctor con un alborozo creciente.

¹⁴ Conocimiento de las cosas naturales por sus causas. [Nota del autor.]

Éste, para salir de aquel aprieto, pensó mover alguna de esas debatidas cuestiones que han ocupado mucho a los teólogos, y olvidando que el examen era de filosofía, preguntó muy erguido que en realidad era un controvertista consumado:

—¡Gracia!, repitió fray Gil, haciendo un gesto y alzando después la cara como quien recuerda; volvió a repetir a media voz ¡gracia!

Casualmente había asistido a un acto de borla, y en ése se había ofrecido una acalorada cuestión sobre la gracia entre un tomista y un escolista. El lego con su prodigiosa memoria habría podido repetir las innumerables distinciones, definiciones y sutilezas que ofrecen al tratar de la gracia; pero había sacado en esta materia como en muchas sus particulares conclusiones, por cuyo motivo respondió al fin resueltamente y con voz muy sonora:

—La gracia es nada.

—¡Cómo nada!

—La gracia es todo.

—¡Cómo todo!

—La gracia es todo o nada. Dios ha dado por gracia, añadió fray Gil, la fuerza al elefante, la ligereza al ciervo, y la fidelidad al perro; para todo se ha necesitado *su gracia*, y a mí me ha hecho la de ser lego, y a usted padre maestro; pero si se cree que la gracia es una acción particular de Dios, una cosa que da y que quita, que sirve, y que no sirve, entonces unas veces es todo, otras veces es nada.

—¿Con que nada, eh?, y dio una fuerte palmada el reverendo sobre la mesa que tenía delante.

—¿No sabe usted que la gracia es el don más precioso de la divinidad?

—La gracia es todo o es nada.

El doctor triunfante dio su definición de gracia diciendo:

—Debía usted saber fray Gil que la gracia “es una acción particular de Dios sobre las criaturas para hacerlas justas y felices”; y dividió después la gracia en una infinidad de especies: universal, particular, suficiente, insuficiente, eficaz, etcétera, etcétera, por la cual el hombre ya no es libre *in sensu composito*, pero lo es *in sensu diviso*, etcétera, etcétera.

Fray Gil, siempre impasible, contestó con su frase favorita:

—Supongamos que eso sea cierto.

—¡Cómo supongamos!, y el doctor casi se puso en pie, pintándose la ira en su rostro.

Fray Gil continuó, volviéndose réplica.

—¿Uno que tiene gracia *suficiente* puede condenarse?



—Si resiste a ella no hay duda alguna, ivaya una pregunta!

—Luego para el que se conduzca con gracia suficiente la gracia es nada; después de esto no dirá su paternidad que sea gran cosa la *insuficiente*. Todavía más en general, añadió fray Gil, la gracia, viniendo directamente de la divinidad, debe ser constantemente una misma; pero como su reverencia sostiene que puede uno condenarse a pesar de la gracia, resulta forzosamente esta consecuencia; para el que se salva por la gracia la gracia es todo, para el que se condena con ella es nada.

Aunque el fondo de la cuestión llamaba fuertemente la atención de los frailes, todavía era para ellos más curiosa la manera singularmente fría, desapasionada con que argumentaba el hermano lego, y como a la vez hacían un precioso contraste los gritos y los gestos del maestro, la concurrencia gozaba como en una comedia, y causaba interrupciones prolongadas con su hilaridad.

Fray Gil, como hemos dicho, no volvía a replicar después que presentaba su argumento, así es que aunque el doctor dio nuevos golpes en la mesa dirigiéndole terribles interpelaciones, aquél no pensó en responder hasta que no se moviese otra cuestión menos desgraciada que la de la gracia.

El examen ya no siguió adelante por este motivo, y los maestros de varias órdenes a quienes se consultó el caso fallaron que no se permitiesen a fray Gil estudios mayores hasta que no sanase de la enfermedad que solía padecer, pues realmente era cataléptico, la que parecía haberle desarreglado las facultades mentales; insinuando a la vez, que acaso estaba tocado del demonio, quien únicamente podría haberle inculcado aquellas extrañas opiniones que había manifestado hasta entonces, por lo que recomendaron que después de emplear el agua bendita, la flagelación y los ayunos, se hiciesen algunos esfuerzos que para siempre librasen a su cuerpo y a su pobrecita alma de los terribles efectos de la influencia del inmundo espíritu. Fray Gil fue sometido inmediatamente a un duro régimen, y se le amonestó que al hablar del demonio y de la gracia tuviese mayores miramientos; pero el mal físico y moral se aumentó hasta hacerse incurable, en términos que, cuando bajó a verlo a su calabozo toda la comunidad con vela en mano, y gran cantidad de agua bendita, porque expresaban los padres ver salir al diablo del cuerpo de aquel precito,¹⁵ con su acompañamiento de llamas y olor a azufre, y querían estar a cubierto de cualquier desmán

¹⁵ Condenado a las penas del infierno, réprobo (DRAE).

que al mal espíritu le ocurriese causarles, oyeron con grande admiración que el lego, en una especie de arrobamiento originado por una fuerte calentura que a la sazón sufría, desde su lecho de tablas, cubierto apenas con su pobre hábito, y accionando violentamente con sus descarnados brazos, exclamaba:

—¡No hay duda, hermanos míos! al mundo no le ha bastado el culto de lo verdadero y de lo bueno, no se ha creído bastantemente protegido por el amor de Dios, y ha inventado al Diablo como un espíritu de error, de odio, y causa de todo lo malo que lucha siempre con el buen principio! Arismane y Orosmane representaban en la imaginación de los persas hace tres o cuatro mil años lo mismo que entre nosotros Luzbel y San Miguel, si bien éstos no han dado sitio a una batalla grande y decisiva en que triunfaron los ángeles fieles, y perdieron los rebeldes, y aquellos las daban diariamente, disputándose hacer bien uno y mal otro a los pobres humanos, a semejanza de lo que hoy, según se afirma, ha con los demonios y los ángeles de guarda, que luchan constantemente por ganar almas para su respectivo imperio. Ley tan general ha sido ésta, hermanos míos, que a todos los humanos comprende el mismo Dios cuando bajó al mundo sufrió ser tentado del Demonio, quien tuvo la inesperada avilantez¹⁶ de pedir a la suma virtud, a la infinita bondad de Jesucristo que rendido le adorase, en cambio de no sé qué ciudades prometidas en recompensa. Sin el menor esfuerzo, hermanos míos, se conoce que en este ejemplo hay un símbolo perfecto de la eterna lucha de la verdad y del error, de lo bueno y de lo malo, en cuyo combate la virtud resiste la persecución y los halagos, al placer y al dolor...

La comunidad llena de admiración dejó al enfermo lentamente, a la vez que comenzaba éste a recitar hincado sobre su lecho, con inimitable fervor el salmo XCVII, que comienza: "*Cantante Domino canticum novum: quia mirabilia fecit*".¹⁷

Los padres definidores se reunieron para deliberar lo que debían hacer con fray Gil, y se suscitó una terrible cuestión entre ellos, porque no faltó quien defendiese que todo lo que hacía y decía era señal de que estaba poseído del demonio, mientras otros sostuvieron que estaba más bien tocado de la gracia de Dios. El protector de fray Gil, que por fortuna de éste no era muy fuerte en teología, suplicó y obtu-

¹⁶ Audacia, insolencia (DRAE).

¹⁷ "Cantad al señor nuevo himnos, porque ha hecho cosas admirables." [Nota del autor.]



vo que se lo entregasen, prometiendo cuidarlo y alimentarlo en calidad de lego. Éste, en justo agradecimiento le profesaba un cariño entrañable, y le prestaba una ciega obediencia en todo lo que no tenía que ver directamente con el bueno y el mal principio, pues ya hemos indicado que era un decidido antagonista de este último.



6. EL VIAJE EN DILIGENCIA

Pocos días después de las escenas nocturnas que hemos bosquejado, acaecidas en casa del señor Dávila, el fraile y el lego que en ella se encontraron caminaban en la diligencia para Toluca. Fray Gil, que jamás había salido de México, encontraba un encanto difícil de explicar, al recorrer con la vista las pintorescas perspectivas que ofrece este camino.

—¡Qué hermosos jardines!, exclamaba al pasar el carruaje por Tacubaya, ¡qué palacios! ¡Oh! ¡Qué felices deben ser las gentes que habitan en ellos! ¡Qué buenas deben ser! Después se extasiaba mirando desde las lomas que siguen a Tacubaya, a los lados del camino alguna vega sembrada de maíz, que a fines de septiembre se ostenta en el valle de México, con esa elegancia, con esa perfecta simetría, con esa exquisita belleza propia de dicha planta; o distinguiendo no muy lejos un campo de cebada a medio dorar, inclinadas sus cabezas y sus largas aristas que presentaban a la vista un conjunto como espejo de plata, como un lago en que vela la luz del sol cuando las ondas son suavemente impelidas por las brisas de las cañadas.

El padre grave lo miraba al soslayo siniestramente, con sus ojos torcidos, y decía a los compañeros de viaje:

—No extrañen ustedes esa admiración algo estúpida, porque fray Gil nunca ha viajado, y además como es...

Y no se atrevió a concluir la frase, pues iba a decir *es un loco*.

Entre estos pasajeros, iban en el carruaje dos señoras, madre o hija; ésta dijo, dirigiéndose al lego:

—Padrecito, yo le llamaré a usted la atención sobre algunos lugares hermosísimos que tiene este camino, pues parece que usted no lo conoce.

El lego se sintió dulcemente atraído por aquella voz y contestó con rubor:

—Hermana, no soy padre, soy lego.

—Nada importa; admiraremos juntos estos paisajes que siempre me llenan de contento; crea usted que si no fuera por los ladrones, yo siempre estaría viajando.

—Por aquí no hay ladrones, dijo con aire distraído el padre grave.

Después, fijando una mirada investigadora y mundanal sobre la joven, satisfecho de tal examen, añadió con cierto aire de protección y de socarronería, componiéndose el hábito y dejando ver en el dedo meñique de su mano izquierda un magnífico solitario.

—Nada tema usted si algo malo amenaza, aquí estoy yo, que aunque nada valgo...

—¡Oh! mucho, replicó la joven sin haberse apercebido del fuego que empezaba a arder en los ojos del reverendo, y que no era por cierto de amor divino.

La joven continuó dirigiéndose al lego.

—¿Qué dice usted padrecito, tendremos hoy ladrones?

—Yo no sé, respondió cándidamente el lego; ¿pero qué nos han de hacer?

—¿Qué nos han de hacer? ¡Virgen María! Si son buenos ladrones, nos registrarán a todos, harán acostar sobre el suelo boca abajo a los hombres, les quitarán el dinero, y a las señoras nos pedirán nuestras alhajas: si son malos, ¿quién sabe cuánto nos harán?

—Yo si tuviera, les daría de buena voluntad cuanto trajese.

—¿De buena voluntad?

—Sí; pero no tengo nada. Lo que no he de hacer es echarme al suelo boca abajo.

—Lo echarán a usted.

El lego hizo un gesto que significaba la más tranquila y profunda resignación.

La joven, que iba gustando de la ingenuidad del lego, continuó sólo por oírle hablar:

—¿Y si ve usted que me hacen bajar los ladrones, y tratan de llevarme por ahí?, y señaló el monte que empezaba a ofrecerse a la vista de los viajeros.

—¿Usted quiere ir?, preguntó sin malicia el lego.

—¡Jesús me valga!, exclamó la joven, y puso tal gesto de repugnancia que el padre grave creyó necesario decir, procurando meter alguna baza.¹⁸

¹⁸ Intervenir en la conversación de otros, especialmente sin tener autoridad para ello (DRAE).



—No sea usted pesado, fray Gil.

Éste no respondió, y la joven volvió a preguntarle:

—¿Qué haría usted en ese caso? ¿No rogaría usted siquiera por mí a los ladrones?

—Me pondría delante de usted para que huyese.

—¡Oh! si yo no sé correr, ¡me alcanzarían luego!

Pues entonces no se separe usted del que sea más fuerte de todos nosotros; y recorrió con la vista a los viajeros, sin ver alguno que ofreciese en su físico garantías de gran fortaleza y continuó diciendo:

—Agárrese de mí.

—Nos llevarán a los dos, replicó la joven, no creyéndose segura con la protección de los dos frailes.

Fray Gil, dijo entonces, chanceándose acaso por la primera vez desde que había salido de la prisión en que lo vimos.

—Y si a mí me llevan, ¿que hará usted hermana?

Los viajeros soltaron una carcajada, y la joven se puso seria, porque se le presentó a la imaginación el espectáculo de los ladrones que llegaban y maltrataban a los pasajeros, especialmente al lego, porque se atrevía a defenderla, llevándose después a la espesura del bosque para matarlo.

El padre grave se apresuró a mudar de conversación; pues desde que habían empezado a hablar de los ladrones, con la terquedad que es costumbre entre los que viajan por nuestros abandonados caminos, no cesaba de toser y hacer gesto de desagrado.

La conversación que suscitó fue más divertida, y puede decirse inagotable, porque empezó a tratar de casos raros que le habían ocurrido al salir de noche en México a hacer algunas confesiones; de aquí pasaron a la relación de espantos que cada uno había oído referir, sin haberlos experimentado jamás. Este último asunto en México, y suponemos que en todas partes, es un zurcido de patrañas que el vulgo cree y trasmite de generación en generación, mezclando siempre algo de limosnas que no se pagaron a la Iglesia, pecados callados, que vienen a decirse en público, en medio de los tormentos del infierno que se hacen visibles para escarmiento de los vivos.

Fray Gil entretanto se regocijaba con la vista de los prados, de los ganados que había cerca del camino, y de los montes que se dibujaban con azul más o menos diáfano, según que la niebla iba retirándose en el dilatado horizonte y decía para sí, al divisar alguna choza de pastores: ¡viviera yo en el campo! creo que moriría; como un justo alabando siempre al señor por sus maravillas.

Los viajeros llegaron a Cuajimalpa y se apearon, con objeto de almorzar y dar algunas paseadas que les volviesen la elasticidad de sus músculos, hasta allí magullados y comprimidos. Todos almorzaron, excepto la joven que antes había estado tan parlera, y que había entrado en absoluto silencio por la preocupación en que había caído, creyendo indefectible e inmediato el robo.

El viaje continuó y también la conversación de los aparecidos. Cuando el carruaje acabó de vencer la penosa subida que hay antes de llegar al lugar que se llama “Las Cruces”, la joven, acordándose del ofrecimiento que había hecho a fray Gil de enseñarle algunos lugares pintorescos del camino, le dijo:

—Ahora, padre, ahora vea el valle de México hasta Texcoco.

El lego sacó la cabeza por la portezuela, y vio efectivamente el más delicioso panorama que puede imaginarse. México rodeado de lagos, con su inmenso caserío, con sus cien torres, especialmente las muy imponentes de la catedral, que anchurosas como pirámides y de un color pardusco se distinguen a una inmensa distancia, apareció a los ojos del religioso como un sueño, como una ilusión vaporosa.

El carruaje entró de lleno a la carretera de “Las Cruces”, a ese lugar célebre en que la Independencia tiene un venerable monumento que recuerda a Hidalgo y sus cien mil soldados, a esos redentores de nuestra esclavitud política, a los primeros mártires del progreso de la Humanidad en nuestro suelo.

La conversación iba languideciendo, porque el padre grave, que a cada momento sacaba la cabeza por la portezuela ya no la alimentaba, y porque se había hecho contagiosa la preocupación de la joven. De repente se oyen gritos terribles y tiros al aire; el carruaje se detiene, y el padre baja de él rápidamente. Estaban ya los viajeros en poder de los ladrones. Voces amenazantes se hicieron oír inmediatamente en derredor de la diligencia acompañadas de horribles juramentos:

—¡Abajo todo el mundo!, gritó una espantosa voz que dominaba las demás; y los pasajeros, temblando, obedecieron inmediatamente aquella orden, excepto el lego y la joven; ésta porque se había desmayado, y el otro porque cuidaba a la que había desfallecido. Cuando los viajeros se apearon, vieron un bulto blanco sobre el suelo que parecía crucificado, y era el padre mercedario que se había echado de bruces abriendo los brazos; imitaron esta postura conforme iban dejando lo que llevaban en los bolsillos en poder de dos hombres de a pie y sin careta, que se habían colocado por donde tenían que bajar aquéllos. Los demás

ladrones, en número de ocho o diez, bien armados, montados en excelentes caballos, y con la cara cubierta, vigilaban la operación.

Uno de los de a pie, viendo que el lego no se apeaba vino muy enojado a decirle:

—*Pagre*, ¿a qué hora te bajas?

Desde luego se conoce que el que así hablaba era un indio infeliz.

El lego le miró indiferentemente, y le enseñó a la joven desmayada.

El indio, a quien seguramente acababan de sacar del monte, pues traía una hacha filosa con que probablemente rajaba leña, no entendiendo la pantomima del lego, le dijo:

—¿No te bajas? pues yo te bajaré; y alzando el hacha le asestó un golpe al religioso, que éste por fortuna pudo evitar haciéndose para atrás, mientras que el hacha quedó clavada en la madera del pesebrón.¹⁹

Al ruido vino el otro ladrón de a pie que también era hachero, y halló que el lego se había arrojado rápidamente sobre su agresor, derribándolo por el suelo: inmediatamente el lego hizo frente al otro indio, quien antes que pudiese herirle había ya perdido el hacha que aquél le arrebató.

Este combate atrajo como era natural a los de a caballo, y el lego estaba a punto de ser muerto, pues sólo tenía defendida la espalda con el carruaje, si la Providencia no le hubiera socorrido, porque el capitán de los ladrones, que había presenciando la lucha, arrojó de un salto su caballo sobre el lugar en que pasaba tal escena, y con aquella voz de trueno que ya antes se había oído, gritó:

—Nadie le toque, es un valiente. Se acercó en seguida al lego que tenía levantada el hacha, en actitud de suprema defensa, y le pidió aquella arma, que en tales manos podía ser verdaderamente terrible.

El lego la bajó diciendo: doy el hacha, pero se ha de respetar a esa niña; y señaló a la desmayada joven.

Los viajeros se habían entretanto incorporado y presenciaban todo lo que pasaba.

—Se respetará, contestó el capitán; pero no hay garantías más que para ella; yo no engaño.

El lego entregó al capitán el hacha que había conquistado diciendo: yo no las pido para mí.

—¡Juan!, gritó el jefe y salió inmediatamente de la hilera que formaban los bandidos un hombrón cubierto como todos ellos con una careta.

¹⁹ En los coches, cajón que tienen debajo del suelo en que se asientan los pies (DRAE).

—Monta a ese padre en ancas y con otros dos adelante por el monte; ya sabes.

El hombrón hizo con la cabeza una señal afirmativa y se acercó al lego, dejándole el estribo para que montara, lo que verificó con mucho trabajo.

—No tenga cuidado padre; la yegua es mansa y aguanta doble carga.

—¡Chist!, dijo el capitán, y se calló el bandido Juan que tenía trazas de hablador.

—Todo el mundo deje la ropa, gritó el capitán, menos la blanca; e hizo seña a dos de los suyos que fueron a vigilar el cumplimiento de esta orden, marchando él mismo paso a paso.

Mientras que se alejaba de la diligencia el capitán, uno de los otros ladrones se apeó del caballo dando el cabestro a uno de los indígenas, y subió al carruaje para recoger lo que hubiesen dejado los viajeros. Cargado ya de algunos objetos, no pudo resistir a la tentación de esculcar y robarse lo que pudiera traer la joven desmayada. Ésta, que empezaba a volver en sí, abrió los ojos, y al ver delante la horrible figura del bandido a quien se le había caído la careta, dio espantosos gritos. Al oírlos volvió rápidamente el capitán y encontró al bandido que ponía un pie en el estribo de la diligencia para bajar, y le dijo:

—¡No robarás más a quien yo he prometido proteger! ¡Por esto se deshonra la profesión!, y le descargó en la cabeza tan furioso tajo con la hacha que todavía tenía en la mano que lo dividió el cráneo en dos pedazos, saltando los sesos palpitantes.

Después, haciendo una seña a los indígenas que habían quedado espantados, les dijo:

—Alcen a ese hombre y aprendan a manejar el hacha.

Entre tanto ya los viajeros habían entregado su ropa y recibieron la orden de seguir inmediatamente su camino. Solamente el padre grave no había perdido cosa alguna, y nadie vio que fuese registrado, acaso por ser padre, o sencillamente porque la orden del capitán había sido que no quitaran a los pasajeros la ropa blanca, y el padre había cubierto con su hábito los pantalones que era lo único que llevaba de color.

Al subir la madre de la joven al carruaje, y cuando éste comenzó a andar, la cogió entre sus brazos rogándola que se tranquilizara porque todo había pasado ya. La joven que no había vuelto a desmayarse, pero que estaba terriblemente acobardada, pues a su vista había sido muerto el ladrón por su jefe, preguntaba con la mayor ansiedad:

—¿Y el padrecito?



—Ustedes lo han visto, contestó el sacerdote con un gesto de pronta, resignación; ¡se lo han llevado al monte! ¡Era tan imprudente fray Gil!

Las pobres mujeres al oír que *era tan imprudente*, comprendieron que en aquel instante corría seguramente un gravísimo riesgo, y recordando la madre de la joven su generosa acción, gracias a la cual está se salvó, empezó a llorar acompañada de su hija, orando fervorosamente por él.



7. LA NUEVA FILADELFIA

Tiempo es ya de que expliquemos cómo adquirió Fernando el oro que tan ostentosamente fue a arrojar a los pies del padre de Rosita.

Acaso no se habrá olvidado que cuando el padre don Luis iba a subir a la vicaría a comunicar a Fernando de qué manera inesperada era hombre de posibilidades, y que podía prestarle para que pagase la deuda que tanto le agobiaba, le asaltó la duda de que los documentos no fueran suficientes, en cuyo caso el dar a su amigo noticia de lo que le había pasado, serviría solamente para hacerle más cruel su situación.

El vicario por tal motivo leyó y releyó la escritura de donación y cuatro libranzas que estaban dentro de ella, por valor de cincuenta mil pesos cada una, pagaderos a cortos plazos, endosadas a su favor y a cargo de don José Claro Cavalier en la segunda calle de la Monterilla número 3. Faltaba en la escritura solamente la aceptación, y para manifestarla se le concedía el término de toda su vida. Lleno de contento subió a ver a su amigo, quien ya le esperaba con impaciencia, y desde la puerta de la sala le alargó las libranzas preguntándole:

—Dime, Fernando, ¿son buenas estas letras?

Éste las examinó cuidadosamente, y devolviéndolas contestó:

—Yo puedo decirte que ésta es la firma de don José Claro Cavalier, banquero que vive en la segunda de la Monterilla, y que allí no se hace aguardar al que cobra. ¡Pero tanto dinero a tu orden!

—Eso es, dijo el vicario chanceándose, ¡ya un pobre no puede tener cuatro tlacos!

—¿Cómo cuatro tlacos? ¡Doscientos mil pesos!, y volvió a leer las libranzas.

—Vamos, Fernando, tú sabes más que yo de dineros; ¿qué se puede hacer con estos doscientos mil pesos?

—¿Pero son tuyos?

—Lee esa escritura.



Fernando leyó la escritura, y luego dijo recapacitando: una pura y simple donación para cuya aceptación tienes toda tu vida, autorizada por tres escribanos, con sus firmas y signos.

—¿Qué dices, acepto?

—¿Y me lo preguntas?

—¡Pues no te lo he de preguntar!

—¿Tiene esta donación alguna condición privada que sea difícil de llenar?

—Júzgala: el donante me ha dicho en esta tarde las siguientes palabras, que se me han gravado profundamente:

Ha habido hasta ahora tantas ricas dotaciones destinadas a alimentar la soberbia y la vanidad, entretener el ocio y consiguientemente el vicio, como las capellanías y las prebendas, que me ha ocurrido como un medio de expiación por lo poco o mucho de mal habido que pueda tener mi capital, entregárselo a usted, a fin de que lo emplee, si no halla otra cosa mejor, en reunir algunas familias necesitadas, para que ejercitando sus respectivas industrias, seguras de que no les faltará lo necesario para la subsistencia, vivan como los primeros cristianos entre quienes eran los bienes comunes.

¿Te parece fácil de cumplir esta condición?

—¡Cáspita! quiere decir que eso no es tuyo y que sólo vas a tener obligaciones que cumplir.

—Así es la verdad.

Los dos amigos se quedaron pensativos por algunos momentos, profundizando cada uno su respectivo pensamiento.

—Tú tan generoso, tan caritativo, tan cristiano en fin, dijo Fernando, ¿has podido vacilar?

—Sin ser todo eso que dices, pues solamente procuro cumplir mis obligaciones como ministro del señor, te confesaré francamente, que vacilé al principio; pero al fin acepté.

—Era seguro.

—Ahora que sabes la condición privada, respondo a mi primera pregunta; ¿qué puede hacerse con ese dinero?

—En primer lugar, comprar una casa para reunir esas familias necesitadas de que te habló el donante; ¿no te parece?

—¿Comprar la casa? No; construirla. En todo lo que hasta ahora se ha edificado, se ha llevado la idea del aislamiento, de la rivalidad entre

las familias aun de hermanos, y para nuestro objeto es necesario hacer precisamente todo lo contrario; reunir con discreción y por medio de los lazos de la simpatía y de la utilidad común a las gentes que quieran seguirnos. Y digo seguirnos, porque cuento que me prestarás tu inteligente cooperación.

—Sí, iré contigo; te auxiliaré, aplicaré a la obra mis escasos conocimientos. No sé por qué me siento tan consolado desde que he penetrado bien tu pensamiento y hasta mi maldita deuda me agobia menos. Mañana mismo marcharé a México, buscaré a mi acreedor, le entregaré lo que tengo mío, todo absolutamente, y daré en comisión la maquinaria que tengo encargada, y quedo desde entonces a tu disposición.

—¡Que bueno eres, Fernando! ¡Tu excelente corazón y tu probidad te hacen formar esa resolución heroica para pagar tu deuda; pero no te apures, yo he encontrado medio de que sin que te cause humillación el recibir de mí un favor, o más bien de la Divina Providencia, y sin que yo falte a los deberes que he contraído aceptando la donación, pagues lo que debes.

—¿Será cierto? ¿Y cómo, Luis?

—¿No tienes maquinaria?

—Sí.

—¿No podemos aprovecharla, así como tus conocimientos en esta nueva empresa?

—Pero de lo que tengo ¿qué cosa puedes necesitar?, dijo Fernando, pronunciando como si leyese [en] un catálogo los nombres de algunas máquinas o instrumentos que visiblemente no eran aceptables; luego añadió: ¿quieres un molino de papel en que pueden trabajar muchachos?

—Sí.

—Los útiles de una fábrica de plumas de acero, en que los obreros pueden ser todos mujeres?

—¡Magnífico!

—¿Máquinas para cardar e hilar lana?

—Precisamente.

—¡Pues gracias a Dios me he salvado! Y como si no pudiese sopor-tar Fernando solo tanta dicha, exclamó: ¡Abrázame, amigo mío! ángel que Dios ha puesto en mi camino para que no me pierda; mándame, indícame cuanto quieras que yo haga y lo cumpliré al punto, pues me bastará seguir tu huella luminosa.



El padre don Luis no estorbó aquella efusión, porque gozaba un placer inefable, viendo que volvía la esperanza, la vida, y la energía a aquel corazón antes tan abatido.

La cena que a poco fueron a ofrecerles se pasó en medio de la mayor alegría, combinando cuidadosamente los dos amigos el plan de la grande obra que tenían entre manos, que como nueva absolutamente para ellos, requería muchas enmiendas y cuidadosas previsiones.

Al volver de la cena, le decía Luis a Fernando:

—Mira, vamos escribiendo lo que acordemos, porque de lo contrario todo se nos irá en hablar, y nada de provecho llegaremos a hacer.

Fernando tomó inmediatamente la pluma con que en días anteriores había estado escribiendo por ayudar a su amigo las partidas de casamiento y de bautismo, y se colocó sobre la mesa de la pobre carpetita verde, de que ya hemos hablando, en actitud de mero escribiente.

—¿Cómo me dijiste que ha de llamarse la colonia?, preguntó el vicario; me agradó el nombre por su sonido, eufónico, y todavía más por su significado.

—“La Nueva Filadelfia”, como si dijéramos *la amistad fraternal*.

—Bien, muy bien; dirán algunos que es algo pretensioso el tomar el nombre de una ciudad populosa, para una reunión de pocas familias; pero no importa, principio quieren las cosas. Escribe:

“PLAN DE LA NUEVA FILADELFIA, O SEA COLONIA DE LA FRATERNIDAD”.

Fernando escribió rápidamente.

El padre don Luis continuó dictando:

La primera línea de habitaciones se establecerá formando un círculo de una legua da circunferencia, de lo que debe resultar que cada una de ellas distará del centro...

—¿Cuántas varas me dijiste?

Tomando la relación entre la circunferencia y el diámetro de veintidós o siete que es la fracción de Arquímedes, el radio de una circunferencia de cinco mil varas corresponde a una extensión lineal de setecientos noventa y cinco varas, es decir, que andarán los trabajadores de las fábricas que deben ponerse en el centro y los niños que vayan a la escuela como tres grandes cuadras de México.



Pero no anticipemos, se dijo a sí mismo Fernando, y escribió en seguida:

Cada una de las habitaciones de la primera línea distará del centro unas setecientas noventa y cinco varas. Dicha primera línea de casas no será construida hasta que la Nueva Filadelfia llegue a cierto grado de prosperidad, y será solamente al principio una zanja de mediana profundidad, y de ancho suficiente para impedir que la salven los toros y caballos, dejando cuatro entradas hacia los vientos cardinales, con puertas sólidamente adheridas a unos arcos, junto a los cuales se construirán dos habitaciones para que ellos vivan los encargados de cerrarlas.

A la mitad que esta primera línea debe tener del centro, es decir, a las trescientas noventa siete varas, se formará la segunda línea de casas que desde luego tendrá efecto formando una circunferencia...

—¿De cuánto?

—De dos mil quinientas varas.

El vicario siguió dictando:

Dando a cada casita diez varas de frente, para que tengan sala y recámara, saldrán en las dos mil quinientas varas de la segunda línea, doscientas cincuenta habitaciones.

—Habíamos hablado que para comenzar llevaríamos solamente cien familias, observó Fernando, con doscientas cincuenta subirá mucho el gasto.

—Después harás la reducción proporcional.

Doscientas casitas de adobe, de diez varas de frente, seis de fondo y cinco de alto, que formen salita y recámara, divididas por un tabique, de manera que la recámara tenga cuatro varas de frente y la salita seis, la primera con una ventana que dé al campo, y la segunda con puerta hacia las oficinas centrales, con cimientado de piedra y cubierta de teja, calculando una con otra en cien pesos, costarán veinticinco mil.

—Es decir, observó Fernando después de escribir, que el gasto de las habitaciones para cien familias será de diez mil pesos.

El padre don Luis continuó dictando:



En el centro de la circunferencia formada por las casitas se construirán jacalones, que gradualmente irán sustituyéndose con elegantes y sólidos edificios destinados:

- 1° Para templo cristiano;
- 2° Escuela que alternativamente servirá para niños y adultos;
- 3° Para cuidar de los infantes que no puedan acompañar a las madres al campo o a los talleres sin estorbarles mucho su trabajo;
- 4° Para refectorio y cocina de la comunidad;
- 5° Para las diversas fábricas que se establezcan;
- 6° Para que se reúnan de noche después de la cena las familias que buena-mente quieran cantar, bailar, platicar, representar comedias, etc., etc. Este edificio será de grande extensión, y después del templo y la escuela, el que reciba las mejoras de mayor consideración, según los fondos de que se logre disponer;
- 7° Habitaciones para el director, el capellán, el preceptor de los niños y adultos, el médico y el maquinista.

—¡Bravo!, gritó Fernando, al acabar de escribir lo que precede; ya tengo allí lugar. ¿Cuánto señalamos para los jacalones centrales?

—Tiempo vendrá en que tales edificios puedan ser un modelo de perfección arquitectónica, gastándose en ellos cuanto sea necesario para la belleza, la solidez y la comodidad, pero al comenzar debe uno limitarse a lo que de pronto es absolutamente indispensable, y por tanto yo señalaría para ellos diez mil pesos.

—Tenemos gastados veinte mil pesos, dijo Fernando, y luego preguntó: ¿cuál ha de ser la total extensión de terreno para establecer la Nueva Filadelfia?

—Debe buscarse una de esas dichosas localidades en que tanto abunda nuestra patria, que situadas en temperatura templada, tienen cerca por diferentes lados la temperatura fría y la caliente.

—Yo conozco algunas, dijo Fernando, muy ventajosamente colocadas; Tenancingo, por ejemplo, que tiene a corta distancia el pino y el encino de las temperaturas frías en los montes que lo defienden por el lado del norte; en varias llamadas que le cercan por los otros rumbos, produce muy buen maíz, excelente trigo en las haciendas de la Tenería, Tlapizalco y Santa Ana; y a tres leguas al oriente, bajando la cuesta de Malinalco, tiene los frutos tropicales, como naranjas, plátanos, café, algodón, y caña de azúcar. Una cosa semejante sucede en Zacualpam de Amilpas, en Zacatlán de las Manzanas, y para no can-

sarte, en todas las cañadas que se atraviesan al bajar la meseta central de nuestra República. Tienes, pues, de pronto los tres hermosos lugares que te he nombrado, con terrenos muy adecuados para el proyecto, sin necesidad de recorrer grandes distancias, porque de todos ellos no dista el que más cuarenta leguas de la capital de la República.

—Pero en esos lugares vale mucho la propiedad; ¿cuánto costaría, por ejemplo, la primera hacienda que has nombrado hace poco?

—La Tenería debe valer de sesenta a ochenta mil pesos; pero podrían adquirirse las otras en menor cantidad, y todas tienen una gran extensión de excelente terreno.

—Mira, Fernando, además de buscar la baratura, creo que es necesario alejar a nuestros trabajadores de esos grandes centros de población en que hay tantos vicios, porque si nos establecemos frente a frente de ellos, además de que fácilmente nos perjudicarían arrojándonos sus vagos y sus ladrones, también nos tendrían ojeriza y nos tratarían con rigor, a pretexto de que somos demasiado atrevidos en querer mejorar la condición de los pobres y dar lecciones de virtud. Vámonos lejos, muy lejos, donde ni siquiera se sospeche que hay un germen de nueva vida, para que cuando las eternas rivalidades en que la actual sociedad agota sus fuerzas pretendan perjudicarnos, más bien nos aprovechen. En otras naciones es una seria dificultad, aun para los filántropos más fervientes y llenos de recursos, proporcionarse una considerable extensión de terreno en buen clima, y con variadas producciones, por la concentración de la propiedad relativamente a las necesidades de la población; pero en nuestra patria, en esta tierra de bendición que casi no conoce invierno en sus doscientas mil leguas cuadradas,²⁰ y en que únicamente faltan hombres inteligentes y moralizados que la hagan producir, la adquisición de cuatro leguas cuadradas, por ejemplo, de un terreno virgen hacia el interior, por los estados de San Luis, Zacatecas, Jalisco, cuestan mil veces menos, y son de una suprema calidad respecto de lo que pueden ofrecer de mejor la España, la Francia y la misma Italia.

²⁰ Téngase presente que en la época a que le refiere esta conversación aún no habíamos perdido definitivamente a Tejas, ni la muy considerable extensión de terreno que vendió Santa Anna a los Estados Unidos por el famoso tratado de La Mesilla. Según Malte-Brun, al hacerse nuestra independencia, teníamos doscientas diez mil leguas cuadradas, ahora nos quedarán apenas cien mil. Solamente en el tratado que hizo Santa Anna en 1853 perdimos más de cinco mil leguas cuadradas, fuera de La Mesilla, es decir como cuatro veces el territorio de la Bélgica. [Nota del autor.]



—Oye, Luis, dijo Fernando como saliendo de una grave consideración. Veo que por momentos va creciendo la importancia de tu proyecto...

—¿Y por qué no dices de *nuestro* proyecto? Yo te asocio a él no solamente como amigo, sino como sostén. Tú eres el hombre de conocimientos prácticos, yo nada sé; y te aseguro que si no hubiera estado cierto de tu cooperación, no habría aceptado el encargo que me ha hecho el reverendo franciscano.

—Pues a fe que me has dejado admirado al mostrar los conocimientos exactos y profundos que parece te guían al redactar nuestro proyecto, como si este asunto te hubiere ocupado desde antes.

—No te negaré que hace mucho tiempo cavilo ideando el modo de mejorar la suerte de los trabajadores pobres; pero como hasta ahora yo he sido un obrero de los más insignificantes en la viña del Señor, no esperaba ver realizadas algunas de mis fervientes esperanzas. Ahora que por esta donación entro al terreno de la práctica, conozco por propia experiencia las graves dificultades de la empresa, y me da una terrible ansiedad al pensar que si por la mala dirección que yo le dé, o por falta de suficientes previsiones se llega a desgraciar, mi patria verá esterilizarse en su seno la única semilla de esperanza que a mi entender existe para la mejora radical de la actual civilización, que me parece hallarse como los sepulcros blanqueados de que nos habla el Salvador.

Verdad es que la Humanidad da siempre pasos vacilantes, inciertos, pero tenazmente dirigidos a su propia mejora, y que lo que unos proyectan imperfectamente, otros lo corrigen al ejecutarlo, por lo que cobro ánimo y me siento fuerte ante la terrible consideración del mal éxito. Sembremos esa preciosa semilla que acaso ha sido reservada para que germine en la América, pues Dios ha querido tal vez que cuando la civilización que brotó de la anunciación del Evangelio se malease con la liga que tiene de intereses que ya no son cristianos, el mundo nuevo ofreciese su seno virgen para que las verdades consoladoras del género humano echasen raíces profundas e imperecederas, que levanten, vigoricen y depuren a esas generaciones nacidas en medio de tradiciones visiblemente falseadas, realizando un porvenir de dicha, velado ahora por toda clase de tiranías. Tengamos valor para romper este velo, que por fortuna es ya algo transparente para todo el mundo, sin temor de quedarnos solos, pues nos basta estar armados de la verdadera doctrina evangélica, y con la vista y la esperanza fijadas en Dios.



Fernando no respondió, abismado en una profunda preocupación: su alma, hasta entonces repleta de amargura por las humillaciones que había sufrido en toda su vida, no miraba a la sociedad, sino por el lado malo, por sus injusticias; y aquella nueva doctrina, sencilla, y verdaderamente cristiana, le había bañado como un suave rocío que cayese sobre un terreno abrasado por el sol tropical. Absorbió, pues, aquel rocío y volvió a su anterior ceguedad, solamente, que se sintió más excitado, furioso contra la sociedad que con tanta dureza le había tratado así como a los suyos, cuando hubiera podido, hubiera debido hacer su suerte más soportable.

El vicario le dejó sumergido en aquella meditación, mientras que buscó una nueva vela de cera que en seguida encendió y colocó en el candelero, y se puso a pasear por la sala; Fernando con los codos sobre la mesa y la cabeza sobre las manos continuaba penosamente distraído.

Después de algún tiempo vino a sacarle de su arrobamiento la voz suave del vicario, que le repetía esta pregunta:

—¿Conviene en que pongamos la Nueva Filadelfia lejos de México, allá en algunos de nuestros estados del interior?

—Estoy enteramente de acuerdo, dijo Fernando, procurando vencer en preocupación; ¿qué cantidad apartamos para comprar el terreno?

—El padre respondió, y Fernando continuó escribiendo:

Cuatro leguas cuadradas, por ejemplo, en cualquiera de nuestros estados de San Luis, Zacatecas o Jalisco, que tenga las felices condiciones expresadas, y que costarán a lo más cuarenta o cincuenta mil pesos, bastarían para todas las faenas de una colonia de quinientas familias.

Después dijo el vicario:

—Lo relativo a las máquinas, dítalo y escríbelo.

Fernando escribió leyendo según escribía:

Un molino mediano para fabricar papel por medio de muchachos y de mujeres, a precio de factura, sin comisiones ni gastos para ponerlo en corriente, seis mil pesos. La maquinaria de fabricar plumas por medio de mujeres, diez mil. Las cardas para lana, los malacates para hilarla, y los telares para tejerla, tres mil.

Si el fondo llega a ser suficiente, una máquina para despepitar algodón, y otras para hilarlo y tejerlo.



—¿Tenemos pues de primeros gastos?, preguntó el vicario. Fernando formó un resumen y leyó:

RESUMEN DE LOS PRIMEROS GASTOS MÁS NOTABLES

Habitaciones rústicas para cien familias	\$10,000
Edificios centrales	\$10,000
Cuatro leguas cuadradas de buen terreno en alguno de nuestros casi desiertos estados del interior	\$40,000
Maquinaria a precio de factura para hacer papel, plumas de acero y frazadas, con la economía de no pagar al maquinista	\$19,000
Total	\$ 79,000

—Nos quedan, dijo el vicario, ciento veintiún mil pesos para transporte de trabajadores y de las máquinas, compra de semillas y de animales, mueblajes, habitaciones, herramientas, en fin, para gastos de subsistencia de toda la colonia mientras que se obtienen las primeras cosechas y puede remitirse el sobrante de ellas, así como las plumas, el papel y los sarapes a las poblaciones inmediatas para su consumo.

—Me parece que tanto en el gasto de las habitaciones, como en el de las oficinas andamos escasos.

—Tú olvidas una cosa esencial, repuso el vicario; y es que *el poder de la asociación íntima del trabajo en común, voluntario, entusiasta y fecundo, debe hacerse sentir desde el primer día. Allí no tendremos operarios a quienes sea necesario espiar, regañar, ni mucho menos maltratar, para que cumplan su deber: los más activos estimularán a los perezosos, y el que no se sienta capaz de emulación saldrá inmediatamente de la asociación, porque sería el zángano que robara la miel de las abejas. Además, las prodigiosas economías que vamos desde luego a alcanzar, ni comprenderse pueden ahora en toda su extensión: nosotros fabricaremos teja, buena y barata, haremos adobes, y ladrillo, arrancaremos laja; y si encontramos en nuestro terreno piedra caliza la quemaremos; tendremos madera abundantemente en un monte cercano, pues es condición esencial para nuestro establecimiento, y la mano de obra se pagará parcialmente dando desde luego comida sana, abundante y bien condimentada a los*

colonos, y al fin del año, después de recogidos los frutos en común, cuidados en común, y vendidos en provecho de todos, se hará la liquidación general, y cada familia sabrá el ahorro que ha conseguido, el cual ganará desde luego un módico y seguro interés.

—¡Cuántas fuerzas perdidas!, exclamó Fernando con su idea siempre fija de acriminar a la sociedad por el mal que hace o permite, y el bien que ha dejado de hacer. ¡Cuántos afanes que se esterilizan, cuántas vidas que se gastan en el orden, o más bien en el desorden actual, en ese eterno antagonismo de individuos, de clases y aun de pueblos, cuyo término es siempre el aniquilamiento más o menos absoluto del que no logra preponderar!

A todo ser viviente, continuó, comprende la ley inmutable del antagonismo, y para que no se escapasen de ella las naturalezas incorpóreas, hemos prestado a los ángeles nuestras rivalidades, y a los dioses nuestras pasiones. Esta ley impera sobre el arbusto cuya sombra mata al líquen; sobre el árbol que seca al arbusto, que está bajo su pie; sobre el pez que vive de las lombrices y de los moluscos, como la araña de las moscas para perecer después por la voracidad de otros animales de especie superior, o por los combates de los individuos de su misma especie; sobre la paloma que sucumbe en la garra del gavilán y que no puede vivir en paz con sus compañeras y llena de furia se bate con ellas por hambre, por celos y a veces por nada. ¡El antagonismo es más ardiente, más impetuoso e implacable, cuanto más elevados son los instintos: el gallo, el perro y el caballo no pueden vivir entre varios individuos de su especie sin que se establezca entre ellos el dominio del más fuerte o del más orgulloso!

¿Y el hombre?, se preguntó a sí mismo Fernando; nace en el antagonismo como en su natural elemento; se desarrolla con la emulación, y vive siempre excitado alternativamente por el amor y el odio; el amor, para sí mismo, y para lo suyo, y el odio para todo lo que se le opone, para todo lo que le limita y no le pertenece; su ley es la expansión y cuanto le estorba lo irrita; su destino es luchar para gozar con el triunfo o para llorar su impotencia...

—Escúchame, Fernando, interrumpió el vicario; los animales que no se ayudan tienen ciertamente una vida miserable; pero los que se asocian, gozan respectivamente una vida dichosa, que bien pudiera servirnos de ejemplo que imitar, como el de las hormigas y el de las abejas. El antagonismo de que hablas, parece ser un resorte universal y poderoso entre todos los seres sensibles, al que la divinidad ha librado

la conservación de las especies y la mejora de los individuos; y si entre los hombres produce la injusticia y la opresión es porque hasta ahora ha sido impulsado ciegamente por el mero instinto animal; es necesario pues que lo contenga, lo dirija y lo ilustre la razón. Hasta hoy se ha aplicado a la destrucción que origina el odio; es preciso forzarlo a que sea reparador y benéfico; que recoja todas las fuerzas que se pierden aisladas, que las concentre para vencer más fácilmente las resistencias de la naturaleza, y para alcanzar de ella frutos más abundantes, haciendo gozar el mayor bien posible a la Humanidad toda entera. Tal me parece que es el objeto que se afana por conseguir la sociedad, aunque hasta ahora con poco suceso y muy lentamente.

—¿La sociedad?, replicó Fernando; ha errado miserablemente los medios. ¿No ves que excita a sus hijos a una pugna sin tregua desde chiquillos? Enseña primero a rivalizar en la escuela y en el taller, en los juegos y en los trabajos serios. El mejor de los hombres según ella se anuncia dominando luego a sus hermanos, y esta disposición natural se aplaude, se exalta, sin cuidar de encaminarla rectamente.

En las cátedras hay uno que tiene el primer lugar; en la lucha hay otro que queda siempre encima de sus compañeros; pero nadie se acuerda de inculcarles que aquel poder que Dios les da, moral o físico, debe aplicarse al bien de sus semejantes, y que debe guiarse en todo por amor a los desgraciados, y por una estricta justicia. Después en el trato de los hombres, cuando ya es grande, el que antes fue niño mimado si se dedica al comercio por ejemplo, ¡como es más vivo, más inteligente y atrevido! arruina a sus vecinos, y esto es lo que se llama un hombre que sabe hacer su negocio, y éste es a quien la sociedad honra y considera, siendo seguro que en cualquiera asunto en que tenga participio, sabiendo por experiencia propia que el éxito lo justifica todo, hará cuanto pueda traerle utilidad, sin acordarse de que hay leyes de Dios que le mandan evitar lo injusto. No hay camino alguno de subsistencia que para recorrerse no exija vencer primero la rivalidad, para ser después objeto de odio; pero esto no interesa, entre ser gavilán o paloma nadie vacila, mientras la elección le es posible. Apoderarse por asalto, o por traición, a viva fuerza o con astucia de los mejores puestos del orden social, de aquellos en que se gana más y se trabaja menos, es toda la ciencia de vivir con felicidad en este mundo.

—Para evitar hasta donde es posible los abusos, las violencias y las injusticias, repuso el vicario, se han establecido los gobiernos. A estos corresponde buscar, alentar y premiar esos talentos que por modestia

se ocultan, y que se retraen de esa lucha encarnizada que confieso ser cierta, pero que comúnmente es menos irracional conforme va extendiéndose el benéfico influjo de la civilización.

Compara los tiempos antiguos y los modernos y verás qué inmensa diferencia; esperemos pues que los que se ponen al frente de las naciones sepan preparar gradualmente ese movimiento que ya se anuncia por todas partes, y que me admira ciertamente que la Humanidad no haya producido mucho antes, en contra de todos los que se han atrevido a oprimirla, haciendo sobre sí misma un esfuerzo que la purifique de tantas manchas que en vano procura ocultar, y que extirpe tantos monstruos a quienes ha abrigado hasta ahora en su seno como a sus hijos predilectos.

—Yo espero muy poco o nada bueno de los hombres políticos, dijo con profunda tristeza Fernando. Los gobiernos son en cada pueblo respecto de las luchas en que se debatan sordamente los intereses dominantes, lo que el *veedor* en las carreras, lo que el *asentista* en los gallos; sirven sólo para marcar estúpidamente quién pasó primero la meta, o a quién faltaron primero las fuerzas en el combate. Representantes no de la mayoría ni de la minoría, sino de los intereses dominantes, buenos o malos, sin discernir los justos de los injustos; tanto asistieron los hombres de Estado al circo con los emperadores romanos para ver cómo morían los verdaderos cristianos devorados por las fieras, como a los juicios de Dios en la Edad Media, como a los actos de fe en que antes se quemaba a los herejes por amor de Cristo. El gobierno es el que destierra o hace beber la cicuta a los buenos ciudadanos en Atenas, y es el que se presenta a presidir los juegos olímpicos inventados en honor de dioses también inventados, pero cuyos sacerdotes dominaban. ¿Qué hay pues que esperar de la actual organización de la sociedad ni de los gobiernos, cuando en medio de la tan elogiada civilización presente miro a mis hermanos, los indígenas de este suelo, abandonados a su propia miseria y a la voracidad de sus amos? Yo no puedo esperar que tan desgraciada situación mejore cuando observo que en todas las naciones, aun las que a sí mismas se llaman ilustradas, hay algunas clases infortunadas que soportan el peso todo de la sociedad. ¡Rusia con sus parias y su horroroso despotismo; los Estados Unidos con sus esclavos y su mentida libertad, hacen lo mismo que la Inglaterra en las Indias, que la Francia en la África, que la España en Cuba, y que México con los infelices indígenas!



—Tú calumnias a nuestra patria, dijo con voz firme el vicario; porque desde que se rige por sí misma jamás ha hecho con ninguna de sus razas lo que esas naciones que acabas de mencionar.

—Dices que la calumnio, contestó Fernando con amarga sonrisa, porque no puedes comprender todas las humillaciones que tiene que sufrir un indio luego que hace un esfuerzo para salir de la esfera en que se encuentran los demás. No las comprendes, porque tú has pasado en medio de esta sociedad maldita, con tus cabellos rubios y tus ojos azules, como con un salvoconducto, y no has sentido ese hierro encendido que quema nuestras orejas cuando llega hasta ellas esta voz acompasada de algún signo despreciativo ¡es un indio! como quien dice ¡un paria! ¡Un nada! Madrastra cruel de los hijos que la alimentan, México sólo piensa en favorecer los vicios cobardes y las ambiciones raquílicas de sus mestizos y mulatos, porque tienen la cara menos trigueña, olvidando insensata que esos indios a quienes desprecia, hace medio siglo que derraman su sangre por darle libertad unas veces, y otras por servir a sus caprichos y locuras, como aquellos gladiadores romanos que saludaban a los emperadores para ir a darles el gusto de que los viesan morir sin temblar.

¡Calumnio a mi patria! Dime, ¿a quién debo mi educación y el nombre que tengo? ¡A un extranjero! ¡Oh, Dios mío! porque en mi patria solamente he podido encontrar la leva para mi padre, que habrá ido a morir mutilado y en absoluto abandono en algún lejano lugar, y para mí, después de mil esfuerzos y vigilias, después de un trabajo incesante de más de veinte años, el que me echen como si estuviese apestado de la casa de un rico orgulloso.

—Eres injusto, Fernando; le dijo el vicario con voz insinuante, clavándole aquella mirada magnética con que hemos visto que lo sosegó pocos días antes cuando se hallaba enfermo.

—¿Por qué?, preguntó éste manifestando síntomas de obstinada rebeldía.

—Porque pides, contestó dulcemente el vicario, con un acento penetrante, de una sociedad desfallecida y en constante guerra, los beneficios que sólo puede traer una larga paz; en la hora del combate ¿quién tiene derecho a pedir su descanso? Sin embargo, México te ha dado sus escuelas, su Academia de San Carlos, su Colegio de Minería, aunque es verdad que por la solícita protección de un extranjero; ¿pero quién no necesita alguna vez de la caridad de los propios o de los extraños? Fuera de esto desconoces que México es sin duda alguna el

país donde menos se estorba la carrera de los que quieren elevarse, cualquiera que sea la raza a que pertenezcan; recuerda cuántos sacerdotes, cuántos abogados, cuántos médicos y cuántos artistas notables de todo género hay en la capital, y en toda la República, que no tienen en sus venas una gota de sangre europea. Si fueses a los Estados Unidos te escandalizarías, te morirías por la afrenta de que te arrojasen de las banquetas porque no eres blanco. Verdad es que esta barbarie la emplean con los negros y con los mulatos; pero México cuenta entre sus grandes glorias la de haber establecido prácticamente la igualdad civil de todas las razas.

—¿Y qué otra cosa podría hacer un país en que casi la totalidad de sus habitantes, excepto los indígenas puros, son mezclados?, dijo Fernando.

—Podría haber oprimido sistemáticamente a esos indios puros aun después de la Independencia.

—¡Pues a fe que no han andado cortos los descendientes de los conquistadores!

—Si hablas con absoluta generalidad te repito que eres injusto; porque si bien reconozco que el abandono, ignorancia y miseria en que se hallan los indígenas son lamentables, no puede culparse de ello a todos los que no lo son, pues muchos nada absolutamente hemos podido hacer para mejorar su situación, y los que hay verdaderamente culpables porque los oprimen debiendo darles protección, o los ven con desprecio pudiendo favorecerlos, son aquellos egoístas que abundan en cualquiera nación, acaso en mayor número que en la nuestra, las cuales explotan impíamente a cuantos tienen la desgracia de necesitarlos, indios y no indios. Observa también que por lo general los peores enemigos de los indígenas, los que más los humillan, y cuando pueden los maltratan son los que sin mérito alguno personal se elevan de entre ellos; pero esta chocante conducta no es por desgracia exclusiva de los indios, lo mismo sucede con los negros.

Sobre todo lo dicho hay otra grave y para mí decisiva consideración; bien sea por carácter peculiar de la raza indígena, o lo que es más seguro, por un cúmulo de desgracia que *pesa sobre ellos desde antes que se verificase la conquista*, presentan por sí mismos invencibles dificultades para traerlos de pronto de la vida semisalvaje en que se encuentran a un estado de regular comodidad, en que la industria, la moral, y como resultado de ésta, la verdadera libertad, vengan a hacerles olvidar las penas sufridas. Empresa es ésta que requiere la cooperación de

muchos, y la activa solicitud de los curas y de nuestros gobiernos, aunque tú no quieras esperar de éstos nada bueno.

Fernando, que gradualmente se sentía desarmado, se sonrió al oír que el vicario no olvidó lo que había dicho acerca de los gobiernos.

—Modera por tanto tu impaciencia, continuó éste, guarda en tu corazón todo el amor que tienes a los de tu raza para extenderlo noblemente sobre todos los que sufren en este suelo, que no son por cierto únicamente los indígenas; arma tu brazo con los instrumentos de la civilización, pues por imperfecta que sea, contiene todas las conquistas que la humanidad ha hecho sobre la naturaleza en muchos siglos; fuerza a la ciencia para que ponga a tu disposición nuevos elementos de poder y te enseñe recursos de una acción pronta y vigorosa, y vamos a fertilizar los inmensos terrenos con que nos brinda nuestra patria, esta adorada patria a quien más debemos compadecer por su desgracia, que culpar por los extravíos de algunos de sus malos hijos.

A estas palabras siguió un silencio de algunos minutos. Los ojos ordinariamente apacibles del sacerdote se fijaban ardientes sobre el indígena, bañándole el rostro con una especie de fuego que lo fascinaba.

—Sufro, dijo al fin Fernando, después de un prolongado suspiro, el poderoso influjo que en mí ejerces; debes tener razón en todo lo que me has dicho, porque eres imparcial, porque eres bueno, porque imitando a Jesucristo vas por tu vida haciendo bien; pero piensa que yo he sacado hasta aquí la fuerza que me sostiene, pensando en mi pasado y en el de mi raza... te confieso también lleno de rubor... que... he alimentado un odio profundo... un deseo de venganza...

El sacerdote lo estrechó entre sus brazos y completó la frase, diciéndole con ternura... ¿que abjuras para siempre, no es verdad?

—Sí, contestó Fernando, estrechando a su vez al vicario y diciéndole con voz reposada y acento seguro. Sí, ¡para siempre! Porque era una insensatez el pretender mejorar la situación de mis hermanos, recurriendo a la violencia; porque solamente Dios puede cambiar en breves días la suerte de los pueblos...

El eco de una música lejana al principio y que se iba acercando por instantes, aumentó la emoción del sacerdote y de Fernando, sorprendiéndolos muy agradablemente. Cuando la música llegó a la puerta de la casa cural, una salva estrepitosa y los sonoros repiques del alba, fueron la señal de que empezaba a celebrarse en aquel nuevo día, el nacimiento de la Virgen, madre de Jesucristo.



Los dos amigos habían empleado toda la noche sin sentirlo, en discutir el plan de la Nueva Filadelfia, que aunque imperfectamente hemos deseado bosquejar, ya que no nos es dable reproducir todas las interesantes reflexiones que cada artículo debió forzosamente suscitar.



8. LA DESPEDIDA DE FRAY EVARISTO

Los dos amigos cubriéndose la cabeza con su sombrero y envolviéndose en unas mangas, salieron a la azotehuela del curato para participar del júbilo del pueblo, y del hermoso espectáculo que ofrecía la alborada, que lentamente se iba aclarando por el reflejo de algunas nubes amarillas y rojas, a las cuales el sol, oculto todavía tras los altos montes del oriente, había prestado algunos rayos de luz en razón de la elevación en que se hallaban.

Luego que distinguieron los feligreses a su vicario, subieron a la azotehuela a saludarle muy afectuosamente, bajando en seguida a continuar con mayor furor la tarea de echar cohetes. El vicario, hablándole al alcalde que se había quedado acompañando a los dos amigos, le dijo:

—¿No pudiéramos conseguir hoy algunas flores, compadre?

Había echado el agua bautismal a uno de sus hijos, y por esto le llamaba así.

—Sólo muy corrientes, compadrito, como zempoalxóchitl, tlemolito, rosa de castilla, amapolas, claveles... ¿quiere usted algunas de mejor clase? Mandaré un semanero a Xochimilco, que ya sabe usted no dista de aquí ni una legua.

—Me bastan, compadre, las que ha nombrado usted; todas las flores me parecen siempre un excelente adorno.

—Pues de las que he referido habrá hoy en abundancia para los altares y las enramadas.

—Yo deseara que se regase con ellas la sala, y que en la puerta y en los corredores se pusiesen arcos de tule.

—Se hará así, compadrito, pierda usted cuidado.

—Hoy tendré una visita a quien deseo agasajar, así, de un modo sencillo; probablemente vendrá a desayunar conmigo un padre franciscano.

—Sí, ¿fray Evaristo, no es verdad? El que era comerciante en Tlalpam hará cosa de un año; ¡todo un caballero!, sin agravio de los presentes. El alcalde hizo una señal con la cabeza como reverenciando a Fernando.



México republicano no ha sacudido hasta hoy las frases del régimen monárquico; así es que en el lenguaje común ha conservado por ejemplo *camino real* sin que tengamos rey, y llama a un hombre acomodado *caballero*, aunque no tenemos órdenes de caballería.

El alcalde continuó:

—Vimos ayer a fray Evaristo, que atravesaba a pie la calzada, trayendo en su mano un báculo; y dijimos mi esposa y yo, que casualmente estábamos en la puerta: fray Evaristo va a ver a nuestro compadrito.

—Efectivamente, vino ayer tarde.

—Dicen que le rebajaron mucho del tiempo del noviciado, y que muy pronto recibió las sagradas órdenes, porque tuvo dispensa; como de joven fue estudiante, en un decir Jesús repasó la gramática, y como es bastante rico...

—¡Cuántas cosas sabe usted compadre!

—¿Qué quiere usted que se haga en los pueblos, si no es indagar la vida del prójimo y murmurar sobre ella, siempre que no esté uno jugando?

—¿Qué, usted siendo como es autoridad, juega?

Si la luz hubiera estado más fuerte, se habría podido ver sobre la cara del compadre algo de sonrojo al contestar:

—¡Líbreme Dios de tal cosa! Desde que usted se volvió de la puerta de mi casa por haber encontrado en ella un *encierrito*, ya no he permitido a los que allí van a beber su pulque que se queden, y lo que hago en los momentos en que el ocio me aburre, es irme a trabajar con mis propias manos a la milpa.

—¡Perfectamente! Eso quiere decir que usted sacará más provecho, y que yo puedo ir a visitarle sin inconveniente. Entraremos, añadió el vicario; ya se acabó la salva, y la luz alumbraba lo bastante para que podamos ir a ver a mis enfermos. ¿No vas, Fernando?

—Con mucho gusto, respondió éste. Y a poco rato después de haberse despedido del alcalde, los dos amigos atravesaron un pequeño llano que está frente al curato y comenzaron a subir una elevada cuesta para ir a San Miguel Xicalco, precisamente por el lado opuesto al que había seguido Fernando en su nocturna expedición.

Habrán pasado como dos horas después que el vicario y Fernando habían subido las colinas, que están arriba de San Agustín Tlalpam, cuando llegó Gregorio, el mozo de Fernando, montado en un caballo alazán, trayendo del cabestro otro caballo retinto golondrino, con freno plateado y silla ricamente bordada.

El criado de Fernando era de una arrogante figura, pero de un natural taimado, de tal manera que casi nunca podía saberse si comprendía o no lo que se le explicaba, por la necia manía de preguntar [por] segunda vez lo que efectivamente comprendía, y darse por entendido de lo que realmente no alcanzaba. Por lo demás, el *Payo*, con este nombre se le conocía, era un guapo domador de caballos, sobre los cuales sabía ostentar un cuerpo doblado, nervudo y ligero. Su cara nada expresaba, y por esto parecía serio; cubierta casi enteramente de una barba negra y fina, apenas dejaba sobresalir una nariz regular, y bajo las espesas cejas, que parecían dos anchas líneas de tinta tiradas con regla, que dejaban entre una y otra el claro necesario para no dar a la fisonomía una sospechosa expresión, brillaban dos ojillos negros, que bien considerados, revelaban astucia; finalmente, la frente que sólo dejaba ver cuando no tenía el terrible sombrero poblano, era muy estrecha a la vista, y no podía saberse a punto fijo si la abundancia de pelo que casi la cubría del todo, le quitaba sus verdaderas dimensiones. En aquel día, además del sombrero poblano forrado de hule con chapetas, toquilla gruesa en forma de víbora y barboquejo,²¹ llevaba una *cotona* de cuero de venado, con dibujos realzados y agujetas de plata, calzonera azul de paño con gruesos botones también de plata, botas llamadas campaneras en la parte de la pierna en que no se abrocha la calzonera, sujetas con vistosos ataderos de seda e hilo de oro, y por remate, sobre otras botas amarillas que le cubrían el pie, unas terribles y vistosas espuelas de enormes rodajas y con campanitas que iban marcando el trote del alazán que montaba. Para ir a ver a su amo, de quien había recibido noticias y orden de que le llevara los caballos, ya no a San Ángel, como lo había verificado ocho días antes, sin encontrarlo, sino a la vicaría de Tepepam, se había puesto sus mejores adornos, a los que añadió entonces una camisa muy limpia con anchas randas²² en la pechera, y por corbatas una mascada de cuadros amarillos y verdes, cuyas puntas, después de pasar de un modo opuesto por un tumbagón²³ que le cerraba el cuello, estaban sujetas a una banda color de café, que llevaba fuertemente ceñida. Había sospechado en

²¹ Cinta con que se sujeta por debajo de la barba el sombrero o morrión para que no se lo lleve el aire (DRAE).

²² Guarnición de encaje con que se adornan los vestidos, la ropa blanca y otras cosas (DRAE).

²³ Brazaletes de tumbaga (liga metálica muy quebradiza, compuesta de oro y de igual o menos cantidad de cobre, que se emplea en joyería) (DRAE).



su natural malicioso, que acaso se ofrecería pasear algún caballo delante de las damas, a quienes era muy aficionado, o llevar a alguna en la silla, y no quería que su amo quedase mal en la persona de su criado, no pareciéndole posible que el maquinista, tan constante en el trabajo, lo hubiese dejado por ocho días, a no ser por algún gran casamiento de éstos en que la alegría y el festín duran mucho tiempo, o tal vez por algunos solitarios amores. La circunstancia de haberle mandado decir Fernando que le encontraría en la vicaría de Tepepam, justificaba en el pensamiento del *Payo* hasta cierto punto la primera suposición; pero luego se decía a sí mismo con cierta claridad de percepción que solía tener, examinando sus propias suposiciones, a las que era muy dado. Al curato viene uno a casarse, o cuando tiene recién nacido a quien se quiere bautizar, o para *ajustar* algún entierro; pero nunca se está uno ocho días. Después de estas reflexiones, Gregorio creyó que toda la cuestión estaba reducida a uno de estos dos extremos: o el casamiento a que había asistido su amo se había celebrado en el mismo curato, porque habría sido de la casa el novio o la novia, o su amo había estado en estos días muy distraído, y le habría dado la cita para el curato con el fin de no revelar dónde había estado.

Esta última suposición, la más maliciosa, le pareció muy verosímil, cuando preguntó con la puerta de la vicaría por el señor don Fernando Henkel, y le contestaron unos indígenas que estaban tejiendo arcos de tule bajo el pequeño pórtico que sostiene la azotehuela, que estaba fuera y que no tardaría en venir.

Gregorio recorrió con la vista la localidad en que se encontraba, como un general que tantea el terreno, y en lugar de las damas que esperaba, vio sólo a los indígenas, y que uno de ellos se le acercaba con objeto de pasear los caballos. Entonces se apeó con cierta gravedad cómica, entregó el cabestro de su caballo al semanero que se presentó, y comenzó a pasearse dirigiendo algunas miradas de protección a los indígenas, quienes por su parte, mirándole al soslayo y hablando en mexicano, empezaron a murmurar de él, cosa que hace fácilmente el indio con cierta sal, para desquitarse de este modo de aquellos a quienes la suerte hace más dichosos.

Un alegre repique anunció a los del pueblo que el vicario bajaba las lomas, y que pronto sería la misa; entre tanto Gregorio continuó imperturbablemente las paseadas bajo el pórtico, sin interrumpirlas más que un momento para facilitar el paso a un fraile franciscano, que con la capucha calada y un báculo en la mano, atravesó la portería.

El vicario y Fernando llegaron a pocos momentos, y Gregorio fue a saludar a su amo con verdadera satisfacción, porque aparte la natural bellaquería del criado, por la cual estaba como en guardia para todo el mundo, hacía una excepción para Fernando, por quien hubiera dado sin vacilar la vida: tan viva era en Gregorio esa adhesión apasionada que los domésticos llegan a mostrar en favor de las personas que los tratan con la debida consideración.

El vicario preguntó si había venido fray Evaristo, y habiéndole dicho que estaba en la sacristía, mandó que diesen el último repique y las tres *dejadas*, especie de reclamo particular que hacen los campaneros en los pueblos, sonando primero varias veces una campana grande e inmediatamente otra chica, con lo que los fieles comprenden que la función religiosa para la que llaman va a comenzar.

Fernando había afinado el órgano y ensayado a unos niños que cantaban en el coro, corrigiéndoles sus desentonos y enseñándoles sencillas melodías para el gradual,²⁴ el ofertorio y la comunión; había emprendido este trabajo cuando estaba ausente el vicario, con objeto de darle una grata sorpresa, tanto con su ejecución en ese poderoso instrumento que el culto católico ha reunido a casi todas sus solemnidades, como por el coro de niños a quienes era difícil reconocer después de las correcciones de aquel maestro a que los encaminaba con su propia voz, fuerte, sonora y de muy elevadas esferas.

La misa comenzó con esa pompa que tanto arrebató al creyente. Nubes blancas de oloroso incienso se elevaban hasta la cúpula del templo; una abundante iluminación en el altar mayor hacía brillar el oro y plata del tabernáculo, así como unas flores de cera primorosamente trabajadas, que estaban distribuidas en jarrones de porcelana sobre el altar; el órgano con sus cien voces, atronando el aire unas veces con toda su fuerza, gimiendo otras como el Zéfiro que pasa por la cuerdas de la *colina*, dejaba oír entonces las voces puras, argentinas, inimitables de los niños, que parecen siempre las únicas propias para entonar las alabanzas del Señor.

El vicario desempeñó sus oficios sin precipitación, sin estudiada tardanza, sin esas miradas orgullosas que a veces dirigen desde el presbiterio los malos sacerdotes, que piensan estar allí sólo por darse en un imponente espectáculo; fue ayudado del padre Evaristo, quien recibió como había pedido el sagrado viático de manos del celebrante, a la

²⁴ Parte de la misa que se reza entre la epístola y el Evangelio (DRAE).

vista de una numerosa concurrencia, sencilla pero profundamente admirada al contemplar a un hombre pocos meses antes poderoso, según el mundo, envuelto en un triste sayal, con la verdadera humildad del que no se gloria sino en la cruz de Jesucristo, conforme al ejemplo de San Pablo.²⁵

El vicario subió al púlpito y dijo una sencilla oración tomando por texto la doctrina del mismo Apóstol²⁶ quien enseña que “*la caridad es mayor que la fe y la esperanza, y sin la caridad nada vale tener ciencia, ser profeta, ni mártir*”.

Concluida la función, invitó a fray Evaristo para que lo acompañase a tomar el chocolate, y subieron a reunirse con Fernando, quien ya los esperaba, porque la subida al coro está en el mismo corredor en que se halla la puerta de la sala, y recibió los más entusiastas parabienes por el desempeño en el órgano, y por el precioso concierto que había llegado a formar con los niños.

El vicario desde un principio se propuso consultar al franciscano sobre lo que habían escrito él y Fernando en la noche anterior, y pedirle su aprobación y sus consejos; así es que luego que tomaron el desayuno, el maquinista comenzó a leer el plan de la “Nueva Filadelfia”. El franciscano escuchó hasta el fin, dando señales de aprobación entusiasta en cada uno de los pocos artículos que hasta entonces se habían redactado. Luego añadió:

—Me parece oír las voces de las milicias celestes que saludaron la venida del Salvador al mundo, diciendo: ¡Gloria a Dios en las alturas y paz a los hombres de buena voluntad!²⁷ Mi alma rebosa de esperanza al pensar que esta pequeña semilla evangélica que ustedes van a sembrar, que ha estado como guardada por tantos siglos, desde que la religión se ha hecho sólo de signos y de ceremonias, porque sobre la caridad que se difunda ha estado el interés individual que todo lo concentra, producirá la realización de una famosa profecía llenando a los necesitados de bienes²⁸ sin quitárselos a los ricos, pues que muy al contrario, éstos son los naturales apoyos que la Providencia nos ofrece para hacer algunos esfuerzos en favor de los pobres, llamando a éstos para una vida laboriosa y al mismo tiempo libre, digna de seres racionales, a quienes nunca

²⁵ *Epístola ad Galatas*, capítulo VI, verso 14, “*Mihi autem absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi*”. [Nota del autor.]

²⁶ Capítulo XIII de la primera Epístola de San Pablo a los corintos. [Nota del autor.]

²⁷ San Lucas, capítulo II, verso 14. [Nota del autor.]

²⁸ San Lucas, capítulo I, verso 53, “*Estuvieron implevitubonian*”. [Nota del autor.]



abatirá el cuidado del alimento diario, en una asociación más perfecta, porque estará fundada en el verdadero cristianismo.

—Mucho celebramos, dijo el vicario, que sean de la aprobación de usted las bases en que hasta ahora hemos convenido el señor Henkel que está presente y que es mi colaborador, y yo, y deseáramos, porque nos sería muy satisfactorio, que tuviese a bien acompañarnos y ayudarnos con su experiencia, a plantear con buen éxito nuestra asociación.

—¡Imposible! Cada uno de nosotros debe seguir su vocación; a ustedes los llama Dios para ejecutar esa grande obra, y a mí manda a batallar con las tribus salvajes. Si salimos bien cada uno de nosotros con su respectiva empresa, nos veremos alguna ocasión en este mundo; pero si a mí me arrancan la cabellera, o ustedes encuentran cualquier grave contratiempo, entonces hasta el seno de Dios, si se digna concedernos esa ventura.

—Ya que está usted tan resuelto a dejarnos... añadió casi a media voz Fernando, con aquella natural timidez que le impedía manifestar desembarazo.

—Sí, hijo mío, contestó el sacerdote, hoy mismo, dentro de breves instantes emprenderé mi primera jornada...

—Podría usted indicarnos, porque juzgamos a usted mucho más experimentado, hacia qué rumbo de nuestra República debemos dirigir nuestros primeros pasos en busca del lugar más a propósito más establecer nuestra Nueva Filadelfia.

—Exactamente sobre este particular pensaba dar a ustedes algunos consejos. Yo soy hijo de Jalisco, de ese estado tan extenso, que tiene más de doscientas leguas de largo y más de cien en su mayor anchura, con dos puertos en el mar Pacífico, San Blas y Manzanillo,²⁹ siendo así que su población será apenas de unos ochocientos mil habitantes. Nací en el pueblo de Atoyac,³⁰ que es municipalidad del cantón de Sayula, y pasé los primeros años de mi juventud recorriendo los amenos campos que circundan el país de mi nacimiento, porque mi padre tenía un rancho llamado “El Tigre”, al pie de una hermosa sierra que lleva el mismo nombre, y que dista dos o tres leguas de Atoyac. Es tan hermosa la llanura en que se halla el rancho, así como otras cortas propiedades cercanas, la hacienda de los Puentes, por ejemplo, que también fue de nuestra

²⁹ En la época a que se refiere esta conversación Colima, al que pertenece hoy el Manzanillo, aún no era estado. [Nota del autor.]

³⁰ *Atoyatl* significa ojo de agua. Hasta el año de 1856 fue declarado villa. [Nota del autor.]

familia, que a pesar de haberme separado de aquellos lugares hace unos treinta años, nunca puedo olvidarlos, ni en cuanto he recorrido de la república he encontrado cosa mejor. Figúrense ustedes una elevada cadena de montañas al oriente de Atoyac, pobladas de magníficas arboledas de pino, roble, cedro, tepehuaje, palo-dulce y otros muchos que no recuerdo, entre los cuales se pasean orgullosos el león, el tigre, el lobo y no pocas serpientes; algunos manantiales brotando naturalmente entre el gorjeo de los cenizales y de los jilgueros, llevando la abundancia, la lozanía a una llanura como de seis leguas en cuadro en que se da el melón, la sandía, la chirimoya, nogal, aguacate, naranja, lima, membrillo y otras frutas, el maíz, el trigo y la caña de azúcar, que beneficiábamos en la hacienda de los Puentes por medio de un molino de tiro. Contemplan ustedes qué delicioso panorama ofrecerá esta llanura tan fértil, surcada por arrollitos de agua que van a perderse, formando un río que pasa muy cerca de Atoyac, a la laguna que se halla al poniente del mismo, en cuyo centro se miran dos islitas con hortalizas, y una de ellas con agua termal muy afamada. Agreguen ustedes a este cuadro el tránsito continuo por Atoyac, de atajos que vienen del puerto de Mazatlán, rumbo al norte, o que caminan hacia el poniente para el Manzanillo. Ciertamente este paisaje tan imperfectamente descrito, tiene bellezas no comunes, que ustedes sabrán apreciar si se deciden por establecer su asociación en dicha municipalidad.

—No sé qué dirá Luis, contestó el maquinista, pero yo por mi parte no creo que haya cosa mejor.

—Soy de la misma opinión, contestó el vicario, y tanto, que me admira que el reverendo padre haya dejado tan amenos lugares, a lo menos voluntariamente.

—Por mi gusto jamás los hubiera dejado; pero la guerra de Independencia envolvió a casi todos los hijos de aquel cantón, y mi padre siguió a los insurgentes que se refugiaron en la Sierra del Tigre. Los españoles, por vengarse de mi padre, o por estar cerca del lugar en que se refugiaban las partidas de insurgentes, que salían a expedicionar a las órdenes de Gordiano Guzmán³¹ o de sus hermanos, situaron un destacamento en el rancho del Tigre, del que no volvió nuestra familia a tener producto alguno, así como tampoco de la hacienda que los españoles quemaron, apropiándose los ganados y ahuyentando a los sirvientes. Mi padre

³¹ Nació en Tamazula, Jalisco y murió en Guerrero (1790-1854), hermano del también insurgente Francisco. Fue de los consumidores de la Independencia. Fue fusilado por las fuerzas seguidoras de Santa Anna (*DEM*).

y mi hermano mayor murieron en la lucha como por el año de 1820, en que yo tenía cosa de diez y siete. El comandante español impuso destierro al resto de la familia, confiscando nuestros bienes, por cuyo motivo vinimos a México, donde padecemos espantosas miserias, a las que solamente pudimos sobrevivir mi madre y yo, pues fallecieron... creo que de hambre... dos hermanitas menores... y nos quedamos solos.

El franciscano sacó de entre su manguillo un pañuelo burdo de cuadros, dejando ver que tenía el hábito sin camisa, pegado al cuerpo; se enjugó algunas lágrimas y continuó:

—Desde entonces me ha conmovido mucho la suerte de las pobres mujeres, a quienes no se les facilita el aprendizaje de alguna industria productiva, que cuando llegan a la desgracia no tienen otra esperanza, como mis hermanitas, que una muerte pronta, causada por el abandono y las innumerables penas que vienen acompañando a la miseria. Mi madre sabía *empuntar*³² y lo que ganaba apenas bastaba para los dos, para ella y para mí, después que enterramos a mis pobres hermanas... porque yo nada sabía hacer... El franciscano volvió a enjugarse las lágrimas que se le rodaban, y algo desahogado dijo a los dos amigos que también se sentían muy conmovidos:

—¿Para qué afligir a ustedes con el relato de unas penas que yo mismo creía olvidadas?

—Muchos nos interesamos, dijo el vicario, porque lo que ha tenido usted la bondad de decirnos es una prueba más de que no hay familia que tenga tan segura su posición, que no pueda llegar a sufrir la escasez, y de que entonces desearan, las señoras especialmente, haber aprendido alguna industria para no sucumbir de miseria. ¿Qué hubiera sido de usted y de su virtuosa madre si ella no hubiese sabido empuntar?

—Nos habríamos muerto de hambre... A los dos años de estar en México pude yo volver a Atoyac, por haberse hecho nuestra Independencia, y vendí el rancho y la hacienda en lo primero que me dieron, regresando con la mayor prontitud para reunirme con mi madre, por cuyo consejo salimos de México a poner un comercio en San Agustín de las Cuevas, que entonces era un pueblecillo sin importancia; pero nos tocó la fortuna de que en él se estableciera por algunos años la capital de Estado de México, y este suceso vino a dar impulso a nuestro giro, que progresó rápidamente por la estricta economía que el miedo

³² Trabajo que consiste en hacer nudos simétricamente con los hilos de los flecos, que al efecto se dejan en los extremos de los rebozos, chales y otras telas. [Nota del autor.]

de volver a la pobreza nos infundió siempre. Mi buena madre tuvo el gusto de verme rico antes de morir; pero, icosa singular! Habiendo sido todo su anhelo en los últimos años de su vida el aumentar nuestro caudal, cuando me hallaba yo cerca de su lecho de muerte, una sola cosa me encargó con repetición: “Hijo” —me decía, con esa voz apagada de los moribundos—, “no basta que socorras de vez en cuando a los pobres, como veo que lo haces; devuélveles luego que puedas lo que has sacado de ellos injustamente por nuestras inmoderadas ganancias, que deben haber reagrado su situación; mejor es sufrir la miseria que causarla; acuérdate de tus hermanas, que más dichosas que nosotros se fueron al cielo; ruégale a Dios que me perdone, para que yo pueda volver a ver a todos mis hijos y a tu padre, que murió por su patria, reunidos en la eternidad!”.

El franciscano, profundamente conmovido, enjugó por última vez sus enrojecidos párpados, guardó en su manguillo su paliacate, empuñó su báculo y dijo al vicario:

—¡Lo demás ya lo sabe usted! Y tomó tan resueltamente su camino, que el vicario y Fernando no creyeron deber detenerle, y salieron acompañándole hasta el principio de la escalera, pues se negó absolutamente a que lo llevaran más adelante.

—¿Hasta la Tarahumara? Le preguntó el vicario, estrechándole la mano.

—Primero a Zacatecas y después hasta la Tarahumara.

Dio en seguida la mano a Fernando, y éste le preguntó:

—¿Y no nos volveremos a ver?

—Espero que sea en el rancho del Tigre, transformado en la Nueva Filadelfia, si los bárbaros no tienen antes la ocurrencia de quitarme la cabellera, o más bien el solo pellejo, pues ya ve usted que el tiempo ha despoblado enteramente el cráneo.

El franciscano se puso su ancho sombrero blanco, se apretó el cordón con que iba ceñido y comenzó a bajar las escaleras, perdiéndose a pocos momentos de la vista de los dos amigos.

Éstos montaron después a caballo, acompañados de Gregorio, y se dirigieron a México, con objeto de hacer formal aceptación de la donación hecha por fray Evaristo, y de cobrar las libranzas endosadas a favor del padre don Luis.



9. EL DESAFÍO

Los amigos recibieron en aquella misma tarde el importe de una de las cuatro libranzas en la casa del señor Cavalier, y el dinero se depositó en el almacén de instrumentos y máquinas de Henkel y Compañía, situado en la calle de La Profesa.

Fernando invitó a su amigo para que se quedase con él, pero éste le recordó entonces que tenía que ir a abrazar a su anciana madre y a una hermanita menor, que eran el total de su familia, y que por este motivo no podía aceptar el ofrecimiento, prometiendo venir a verle al día siguiente.

Fernando preguntó al principal de sus dependientes si le habían buscado con instancia, y si tenía alguna carta; el dependiente le presentó dos, una del extranjero, y otra sin sello del correo, añadiendo que por mañana y tarde venía a buscarle un desconocido.

—¿Qué señas tiene?

—Alto, cacarizo, cargado de hombros.

—¡El director de la partida! dijo entre dientes Fernando; luego añadió con visible angustia:

—¡Y no haberle preguntado a Luis si puedo pagar ya mi maldita deuda!

Abrió en seguida la carta que tenía dos sellos, uno de Nueva York y otro de Veracruz, y se enteró de que por un buque que llegaría a este último punto dentro de poco tiempo le remitían máquinas de nueva invención para cortar y trillar el trigo, para despepitar algodón, para hacer vestidos, etcétera, y que en el mismo buque vendría un ingeniero alemán, recomendado con mucha especialidad como muy inteligente, para plantear toda clase de maquinarias. Concluía la carta indicando se pusiese a primera conducta el importe de lo que se hubiese hasta entonces realizado.

—De manera, dijo para sí Fernando, que al recibir el préstamo que tengo ofrecido, aplazo por un corto tiempo mi apuro, supuesto

que luego que salgan algunas máquinas de la casa deberá cargarse su importe como valor recibido: ¡desgraciadamente todo lo que poseo, realmente mío, apenas llegará a la mitad de los diez y seis mil pesos que debo!

Abrió Fernando en seguida la otra carta y leyó desde luego la firma que decía: Arturo de Montemar.

—¿Qué me querrá este fatuo? ¿Vendrá con lo del desafío?

La carta estaba concebida en estos términos:

Muy señor mío:

La persona que debe servirme de padrino en el lance de honor que se halla pendiente entre usted y yo, no ha logrado encontrarle; y como no supongo que usted quiera esquivarlo, pues aún recuerdo que señaló usted como lugar más a propósito la alberca de Chapultepec, sírvase usted decirme en contestación, quién es la persona que deba apadrinar a usted para que se arreglen las condiciones.

De usted muy afecto servidor

—Hay personas, dijo Fernando, a quienes no basta sumergir en la agua para volverles la razón, es necesario ahogarlas; verdaderamente, yo deseo que se verifique este desafío, porque no faltan militarzuelos que se juzgan iguales al Cid luego que se dejan crecer el bigote y se ciñen una espada, que jamás saben llevar con honra. Nada sé de estas farándulas de caballería, ni tengo a quién molestar con la ocurrencia de que vaya a presenciar mi muerte o la de mi adversario: contestaré a éste que mañana a las seis esté en Chapultepec, y negocio concluido.

Fernando se acercó a su bufete, tomó una pluma, la mojó en la tinta después de preparar el papel, pero al empezar a escribir debieron asaltarle mil reflexiones, porque la pluma quedó inmóvil entre sus dedos.

Después de algunos minutos gritó:

—¡Don Abundio!

Éste, que era el dependiente principal, se acercó inmediatamente al lugar en que estaba Fernando para saber el objeto con que lo llamaba.

—Dígame usted cómo deben hacerse los desafíos?

—¿Los desafíos?, preguntó con asombro el dependiente.

—Sí, los desafíos; usted que ha viajado por Europa debe saberlo.

—Señor, no he presenciado ninguno.

—Habrán usted oído decir.

—Pero don Fernando ¿qué le ha sucedido a usted? yo bien conozco que no tengo derecho para investigar... mas póngase usted en mi lugar, y si después de una ausencia de nueve días que nos ha causado la mayor alarma, viese usted que llegaba el amo con una cara triste, sin hablar casi a sus dependientes, enflaquecido, y en seguida le preguntasen a usted...

Fernando, que no había considerado nada de esto, tuvo vergüenza de decirle la verdad a su dependiente, cuyo profundo afecto le era conocido.

—Tranquílcese usted, don Abundio, he estado algo indispuerto en estos últimos días, y esto es todo; pero un amigo me manda preguntar si sé con qué requisitos deben hacerse los desafíos, y si puedo proporcionarle un padrino, y yo pensaba que lo fuese usted...

—¿Yo, señor don Fernando? ¿Ha dicho usted que yo?

—Sí, don Abundio, usted.

—Supongo que usted continuará permitiéndome que le hable con ingenuidad, y que no llevará a mal que me rehuse absolutamente...

—¿Por qué?, preguntó Fernando, esforzándose por mostrar indiferencia.

—Porque soy cristiano, respondió con voz firme el dependiente.

Fernando sintió que le subía la sangre a la cara, y apenas pudo balbucear las siguientes palabras:

—Muchos cristianos se baten en duelo y otros cristianos los apadriñan sin perder nada ante la sociedad.

—Sí, repuso el dependiente, porque la sociedad ha reglamentado el quinto precepto del decálogo, que dice: “No matarás”, y en virtud de tal reglamento, si uno mata o hiere a otro después de haberle insultado, infamado o perjudicado de cualquier modo, queda este otro bien muerto o herido, con tal que lo haga delante de testigos. Para matar así no hay ante Dios ni la disculpa de la ira; para la sociedad basta tener destreza y no hacerlo precipitadamente; no señor, se avisa a algunas personas, diciéndoles, tal día, a tal hora, y en tal lugar, voy a colocar una bala en el cráneo de fulano, que antes era mi amigo, y que ahora ya no lo es; convido a ustedes para que presencien la operación, en la que llevo poco riesgo, porque seré el primero en tirar, y tengo muchos años de ejercitarme; ¡con que no falten ustedes!

Fernando, confundido, no queriendo manifestarse vencido, dijo, yo sólo le proponía a usted el que fuese padrino...

—¡Padrino! ¿Quién lo será mío ante Dios, cuando me haga el terrible cargo de haber concurrido y tomado parte moralmente en un asesinato?

—Pero, en fin, dijo Fernando, no pudiendo dominar la profunda emoción que le causaban las sencillas reflexiones de su dependiente; ¿qué hace un hombre que se ve formalmente retado?

—¡Nada!

—¡Cómo nada! ¿Después de que insulten a uno, y lo maltraten de obra?

—Si el insulto es de obra, lo repele en el acto defensa, es de derecho natural.

Los ojos de Fernando brillaron de alegría, porque pensó que había obrado de acuerdo con la opinión de don Abundio, a quien en aquel momento respetaba como a un oráculo; pero luego volvió a arrugar el entrecejo, recordando la carta que iba a contestar.

—Y cuando la ofensa se repele con buena fortuna, y por esto misma se atrae uno algún desafío ¿qué deberá uno hacer?

—No admitirlo.

Fernando creyó que don Abundio flaqueaba en este punto, por ignorar acaso las exigencias del honor, y conociendo que las fútiles razones derivadas del qué dirán, y de la falsa opinión del público, ninguna mella podrían hacer en el ánimo de un hombre sencillo que prefería la ley de Dios sobre todas las cosas, se abstuvo de todo argumento, quedando a pesar de todo, resuelto a no rehusar el desafío después de tentar algunos medios decorosos para evitarlo.

Su alma se había fortalecido a medias desde que se había convencido de que el proponer un desafío es un crimen; pero aún no sabía que para rehusarlo abiertamente es necesaria mayor virtud que para admitirlo.

Pasó la noche Fernando en profundas cavilaciones, tomando resoluciones diferentes, hasta que la nueva luz vino a aliviarle en parte el peso de sus males.

—Voy a ver, dijo, a Luis, tengo en él un verdadero amigo que sabrá aconsejarme; y cuando creyó que habría vuelto de decir misa, se encaminó a su habitación.

Era ésta una vivienda alta, situada en la calle del Puente de la Leña, número 1, y para llegar a ella era necesario atravesar un pequeño patio rodeado de cuartos bajos habitados por gente pobre, pues la casa era de vecindad. En la parte alta había varias demarcaciones, correspondientes a otras tantas familias de la clase media, y en el rincón de

la derecha hacia el lado que mira al canal de La Merced, estaba la antigua residencia de la familia del vicario. Fernando, después de preguntar a la casera, subió la escalera y llamó en un portoncito que marcaba los límites de aquella vivienda; salió una hermosa niña como de doce años e introdujo a Fernando, diciéndole sin afectación y sin cortedad que adentro estaba su hermano el padre. Fernando encontró en la pequeña salita a que fue introducido, una matrona, como de cuarenta y cinco años, perfectamente conservada y cuyas facciones limpias, como si fueran de una joven, tenía una singular semejanza con las del vicario. Éste acababa de llegar del convento de Jesús María, donde decía misa siempre que estaba en México, y estaba desayunando en unión de la señora que le había esperado al efecto. Luego que el vicario divisó al maquinista, le dijo:

—Entra, Fernando, precisamente iba a buscarte, pero me has ganado, y lo celebro, porque puedo presentarte el total de mi familia. La niña vino a reunirse con su hermano, y el maquinista pudo contemplar a su amigo en medio de aquellas dos figuras; cariñosa, apacible y digna la de la madre, cándida, vivaracha e inteligente la de la hermana.

El maquinista, absorto de contemplar aquel precioso grupo, se hallaba por la primera vez de su vida con esa grata sensación de bienestar que suelen comunicarnos momentáneamente las personas felices; contra su costumbre no se sentía cortado, y para expresar sus conceptos clara y aun elegantemente, no necesitaba hacer esfuerzo alguno.

La señora se retiró con la niña después de un rato de amena conversación que suspendía por intervalos todos los dolores de Fernando, considerando que algún negocio de importancia habría traído a éste tan temprano.

—Fernando, dijo al vicario luego que estuvieron solos, ¿qué tienes que estás tan preocupado?

—Ya recordarás, contestó el maquinista con amargura, que tres eran las causas de mortificación...

—Sí, interrumpió el vicario; Rosita, el rey de oros y un señor militar cuyo nombre no he podido retener.

—Montemar me ha remitido esta carta; y le dio el papel de que ya hemos hablado.

El vicario lo leyó con atención.

—Pero esta carta tiene fecha 4 de septiembre y hoy estamos a nueve.

—No había reparado en eso; pero es una nueva razón para...

—¿Para qué?



—Para dar una respuesta.

—Ciertamente.

—Pero es el caso que no sé lo que debo responder, y vengo a consultarte lo que debo hacer.

—Pues no sé por qué dudas; tú no debes ponerte en riesgo de matar o ser muerto sino por causa justa.

—¿Y eso le contesto a Montemar?

—Eso.

—Se reiría de mí todo el mundo.

—Pero tú habrías cumplido tu deber.

—No me atrevo a soportar la rechifla de amigos y enemigos.

—Y dices la verdad; los que se desafían lo hacen por el miedo del qué dirán; los que rehusan un desafío necesitan un esfuerzo que el mundo no sabe apreciar, porque no les detiene el que se atribuya a cobardía lo que es efecto de respeto a la ley civil y a la ley de Dios.

—Perdona mi necesidad Luis, o más bien mi debilidad; pero yo no puedo hacerme a la idea de que Montemar, a quien realmente deseara escarmentar, se jacte de que me ha hecho un desafío que no he aceptado.

—Hoy es la cuestión con Montemar y mañana será con otro; de manera que de aquí en adelante, si sales con bien de este combate vas a tener profesión de espadachín, porque siempre dirás que no puedes hacerte a la idea de que otro se jacte de que has rehusado un desafío.

—No, Luis, si salgo bien de este duelo jamás volveré a admitir otro; te lo prometo delante de Dios que nos oye.

—Pues bien, dijo el sacerdote, vamos a este desafío isoy tu padrino!

—¿Tú?

—Yo. Extiende una carta en que sin decir mi nombre me des autorización para arreglar las condiciones.

—Pero Montemar dirá que le mando un eclesiástico para impedir que se verifique el duelo.

—Yo haré que diga lo contrario.

—Pues sea, y Fernando se puso a escribir.

El vicario le interrumpió:

—¿Cuáles son tus instrucciones?

—Que el desafío sea a muerte, contestó Fernando, chispeándole los ojos llenos de ira.

—Ruega a Dios te dé tiempo para arrepentirte...

Fernando no oyó o no quiso oír aquella solemne reprobación de su amigo, y luego añadió:



—Ya pongo en esta carta mis condiciones; pistolas o espada, lo que quiera Montemar: pero he de tirar primero porque soy el desafiado.

El vicario tomó la carta y le dijo:

—Si quieres encomendarte a Dios, quédate solo en esta pieza; si deseas distraerte mientras vuelvo, corrígele a Laura sus dibujos, o que trabaje delante de ti sus flores de cera.

El vicario se puso una turca y un cuello de mala traza, dándose ese aire de estudiante perdido que mostraban antes los *capences* del seminario, salió de la casa dejando solo a Fernando en la sala.



10. LAURA

Era la hermanita del vicario de unos doce años, rubia, de ojos azules muy apacibles, llenos de inteligencia y bondad. Las facciones de su cara sin ser tan bellas como las de la madre, eran de una notable regularidad, cubiertas de un finísimo y transparente cutis, débilmente sonrosado, tal vez por estar casi siempre a la sombra, o por tener ya en la sangre el principio de la clorosis, que tan pronto marchita a nuestras más lindas jóvenes a quienes se ve llegar a la plena pubertad con una apariencia de cadáveres, con ese pálido color de cera que no es bastante para alarmar la ternura de muchos padres, cuya ignorancia les hace creer que lo mejor que pueden hacer con sus hijas es guardarlas en una inacción permanente, sin advertir que la inacción y la inmovilidad son para la juventud la muerte.

Laura solía contrariar su fatal predisposición para la clorosis, yendo de tarde en tarde al curato con su hermano, donde jugaba, saltaba y recorría los campos; pero esta diversión no se repetía, porque el vicario no quería dar ocasión a que creyesen mal de su persona, y supusiesen las gentes mordaces que era su hija, pues por efecto de las crueles preocupaciones que el mismo clero ha formado, un eclesiástico no puede tener cerca de sí una joven, sin que sea motivo de escándalo.

Laura tenía otra ventaja sobre las niñas de su edad, porque además de estar dedicada a los varios ramos de su educación, recibía lecciones de baile cada tres días, y así compensaba en parte la falta de aire libre y de ejercicio corporal, cosas que con nada se suplen, y por cuya ausencia es casi siempre tan raquítica la población femenina de las grandes ciudades. Sus días estaban distribuidos de este modo. Por la mañana a las seis salía a misa con su mamá; de las ocho a las diez estudiaba un día el francés, y otro el inglés; de las diez a las doce hacía flores de cera o dibujaba, si era día en que debiese venir el maestro; comía entre doce y una, y descansaba hasta las tres, limpiando sus macetas o aseando las jaulas de sus pájaros; de tres a cuatro venía el maestro de baile un día y



otro el de aritmética; después escribía un poco para ejercitar la letra, poniendo en limpio sus traducciones que guardaba para enseñárselas a su hermano; por la noche solía hacer alguna visita con su mamá, quien estaba constantemente a su lado al tiempo de recibir la lección de los maestros.

Se ve pues, que a este método de educación solamente faltaban dos cosas para corresponder al adelanto moral y físico de una joven, el aire puro del campo en épocas más repetidas, y el desarrollo de la sociabilidad de que en México se carece casi absolutamente, pues se cree que con hacer una que otra visita en cada semana han concluido todas las obligaciones que el Creador nos impuso en calidad de hermanos de una gran familia.

Fernando continuó un largo rato solo en la salita sufriendo el efecto de una reacción molesta.

En tropel vinieron a su imaginación los ensueños de gloria, de poder y de felicidad, que habían impulsado su juventud, la imagen de Rosita a quien nunca olvidaba, y las esperanzas que había concebido del futuro bienestar de sus hermanos, mediante el proyecto de asociación que había redactado con su amigo.

—¡Ah!, se decía, comenzando a pasearse; yo que esperaba eclipsar a mis rivales con el poder de mis buriles, con la inspiración de mi genio, acaso no seré dentro de breves instantes más que un cadáver, o un prófugo cubierto con la sangre que quiero derramar; ¡qué terror! Y yo he comprometido en este lance a mi mejor amigo...

Rosita, la elegante Rosita, ¿podrá jamás recibir con agrado al que se ha manchado con un crimen? Y yo, que había prometido a Luis ayudarlo en su generosa empresa, ¿qué podrá hacer si quedo herido, inutilizado o con la necesidad de pasar una vida errante, llena de agitación y de zozobra, como Caín? ¡Oh, Dios mío! ¿Y todo por qué? Porque hay un necio que quiere arrastrarme en su frenesí.

¡Pero esto ya no tiene remedio! ¡La suerte está echada! acaso en este momento vendrán a avisarme que ya me esperan, ¡y yo no tengo ni a quién decirle adiós! Al decir estas palabras se paseaba a grandes pasos por la sala, lanzando terribles imprecaciones.

¡Sí, continuó, hoy me arrastras al infierno, Montemar; pero no voy solo porque te mandaré por delante para que me enseñes el camino, y después moriré como hombre de corazón, para que otros farsantes como tú aprendan a respetar las personas con quienes viven, y a quienes insultan sin motivo!



La ira se pintaba en el rostro de Fernando cuando se abrió una mampara de la pieza en que estaba, y apareció Laura con un traje color de rosa, y un peinado elegante, diciendo:

—Señor, usted perdone la interrupción, pero desde mi recámara he oído que estaba usted representando, y como soy aficionada ¿estaba usted declamando el Oteló? Yo sé algunas piezas; ¿quiere usted que digamos algo del Torneo?

—Sí, sí, contestó Fernando avergonzado, sin saber lo que decía: del Torneo, eso es, del Torneo.

—Pues si lo parece a usted comience aquella escena en que Alberto hablando con Isabel le dice:

*Recuerda cara beldad,
Aquella noche preciosa,
En que tu labio de rosa
Colmó mi felicidad.*

—Es que, dijo Fernando muy turbado, sin apuntador...

—Yo le iré diciendo a usted lo que necesite...

—Si se me ha olvidado del todo...

En aquel momento entró a la sala la señora, y se impuso de que Fernando representaba.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! así podrán estudiar algún drama nuevo usted y Laura, que es aficionadísima. Yo no la he permitido hasta ahora que tome parte en ninguna de esas comedias que se llaman caseras, porque es muy chica, y puede tomar algunos resabios que después sea muy difícil quitarle; y como nosotras no podemos ir al teatro sino uno que otro domingo por la tarde, mi pobre Laura no adelanta en la declamación, a pesar de sus felices disposiciones.

—¡Es una lástima!, dijo Fernando, esperando hallar alguna salida a su embarazosa situación, porque jamás había pensado representar, ni estudiar la declamación, y temía que se le instase para continuar lo que inocentemente había creído Laura que era representación, por lo que se apresuró a preguntar a la señora:

—Laurita dibuja, ¿no es verdad?

—Sí señor, y debía estar ya empezando a pintar; pero Luis quiere que aprenda bien el dibujo lineal además del natural, y ahora está la pobre muchacha muy atareada con los diversos órdenes de arquitectura.



—En el dibujo si podré ayudarle a usted algo Laurita, pero en la representación estoy perdido.

—Ahora lo estaba usted haciendo muy bien, según pude percibir...

—No, niña, fue una humorada; figúense usted que soy incapaz de estar quieto; me encontré solo y me puse a recitar un trozo de una comedia antigua, sin advertir que sería tal vez molesto.

—No señor, de ninguna manera, dijo la señora; basta que sea usted amigo de Luis para que pueda disponer libremente de esta pobre casa, seguro de que recibiremos muy bien cuanto usted haga.

Fernando dio las gracias, y preguntó si tenía Laura algunos dibujos ya hechos, siempre con el objeto de variar el giro de la conversación.

Laura fue a traer algunos, y el primero que le puso a la vista representaba una terrible escena de desafío.

—Vea usted primero el original, le dijo Laura; y vio en efecto en un cuadro pintado al óleo dos hombres decentes, sin casaca, espada en mano, cayendo a un tiempo en opuestas direcciones, traspasados de parte a parte, arrojando chorros de sangre; un sacerdote indeciso, sin saber a quien ocurrir primero, y la policía aprehendiendo a los padrinos.

Fernando sintió un vértigo tan fuerte, que casi soltó el cuadro que tenía en las manos.

—¿Qué tiene usted señor?, le preguntó asustada la señora; parece que le da a usted vahído; ¿quiere usted una poca de agua?

Laura se lanzó a la cocina y trajo un vaso de agua, que Fernando al principio no quería tomar, diciéndoles:

—¡No es nada! ¡No es nada! suelo padecer esos desvanecimientos cuando dejo de purgarme; pero me pasan pronto.

—Pero está usted muy pálido, una poca de agua, no le puede perjudicar...

Fernando la tomó, y procurando reprimir su emoción, volvió a tomar resueltamente el cuadro, y dijo a la niña:

—Compararemos con el original.

Laura acercó su copia hecha a dos lápices.

—Oh ¡muy bien! este golpe de luz sobre la frente del combatiente de la derecha es muy bien imitado, muy feliz; ¡y qué hermosa fisonomía tiene el sacerdote!

—¿No lo conoce usted?

—Sí, sí, me parece...

—Es Luis.

—Ciertamente, el mismo.



—¿Y por qué se hizo retratar en tan crítico lance?

—Porque realmente pasó el lance que aquí se representa: yendo para una confesión cuando servía de vicario en Tacubaya, oyó cerca del camino ruido de espadas; pero al llegar vio que caían moribundos los dos combatientes, y desde entonces aborrece a todos los que se desafían.

—Tiene razón, dijo Fernando, pues sólo los que tienen miedo del qué dirán, y poca firmeza para seguir las inspiraciones de su propia conciencia, son los que pueden aceptar un desafío, medio bárbaro que hay para demostrar que se tuvo razón cuando se insulta a un hombre si después se le mata.

—Iremos a ver las flores de cera que está haciendo Laura; tal vez poniéndose usted en pie se le quitará el vahído, porque según estoy notando le sigue a usted.

—Es verdad, señora, contestó Fernando; ahora me ha durado más que otras veces; ¡como he estado enfermo allá en Tepepam!

—¡Y qué mal la habrá usted pasado en ese páramo! Luis se obstina en no tener criadas...

—Pues he estado muy bien, a pesar de mi enfermedad, gracias a los exquisitos cuidados de su hijo de usted.

—Mira, Laura, abre la vidriera que cae al canal, así verá el señor mejor las flores, y recibirá el fresco.

Laura abrió efectivamente la puerta de un balcón y se asomó por él para divisar el canal.

—Aquí paso las horas enteras, cuando escribe Luis que debe llegar; como se embarca en Xochimilco por la noche, viene entre siete y ocho de la mañana.

¡Qué abundante verdura! ¡Cuántas flores! ¿No quiere usted verlas señor Henkel?

El joven se acercó al balcón y vio en efecto multitud de canoas y de chalupas llenas de verdura, que iban llegando de Xochimilco, Ixtacalco y Santanita por el canal que llaman de La Viga, y que atraviesa parte de la ciudad hacia el oriente, a espalda del convento de La Merced.

—¡Cuánta animación!, dijo Fernando al observar el tráfico que hacían los indígenas de las chalupas y los rescatadores, que con enormes canastos acarreaban las lechugas, las coles, los nabos, zanahorias, cebollas, ajos, etcétera, etcétera, para los mercados de la ciudad.

—Increíble parece, dijo el joven, que se consuma en México tan enorme cantidad de verdura, y que se compren tantas flores.



—¡Ah señor Henkel! ¿Qué diría usted si viese los viernes de Dolores que todo el canal se cubre de canoas de flores? En esa mañana tenemos un paseo muy concurrido, porque innumerables familias vienen a comprar ramilletes para sus altares.

Fernando encontró en aquellos momentos que la vida, por angustiosa que sea, tiene momentos de apacible bonanza, y que ante un sol tan esplendente como el de México, al lado de una jovencita completamente sencilla y candorosa, admirando las producciones de la naturaleza, y sintiendo el ambiente tibio de nuestro delicioso clima, era tan prosaico morir o matar voluntariamente, que sólo un loco podría pregonar como bueno el sistema de los desafíos, cuando todo lo que le rodeaba impulsaba la vida. Por desgracia esta reflexión, este sentimiento, era una acusación contra Fernando en tal momento; podría servir para lo sucesivo, pero el que va a batirse sin necesidad, es como el que prepara un suicidio: no tiene porvenir, no tiene mañana.

—La señora, que no perdía de vista a Fernando, creyó que lo seguía la indisposición y le dijo:

—Señor Henkel, a usted lo sigue el malestar, tenga usted confianza; está en su casa, díganos si quiere reposar o tomar algo...

—Mil gracias, señora, contestó Fernando visiblemente conmovido; esto no es nada, y debe pasarme muy pronto.

—Así decía usted antes, observó Laura.

—Pero ya me siento mejor; ¿no me iba usted a enseñar sus trabajos en cera?

—Es verdad, contestó Laura; y descorrió una cortina con que cubría los objetos que tenía formados.

—¡Qué magnífica colección de dalias!, exclamó realmente admirado Fernando; ¡cuántos colores! ¡Cuántos matices! y cuánta verdad en la imitación.

—Pues me faltan algunas, dijo Laura, a cuyo rostro había subido la sangre, causándole un sonrojo no muy vivo, pues ya hemos indicado que empezaba a estar clorótica; apenas tengo poco más de cien clases. Esta colección debía haberse llevado desde antier a Santiago Tianguistengo, pues iba a servir para adornar los altares de la iglesia en la función de Nuestra Señora; pero no han venido por ella, y voy a venderla al convento de Jesús María, de donde me han instado por comprármela, y cuando vengan de Santiago, les diré a los del pueblo, que han sido unos informales y que más palabra tiene una mujer.

—¡Bien dicho! y aun eso es poco. ¿Y qué flores son esas que están después de las dalias?

—¿Qué no las conoce usted?

—Tengo idea de haberlas visto, pero no puedo recordar dónde, ni cómo se llaman.

—Son camelias.

—¿Camelias?

—Si, hace poco que han empezado a mostrarlas los extranjeros en sus jardines, y yo me he apresurado a imitarlas. Son las flores que salen mejor en la cera por el lustre que sacan, y porque se les puede dar cuerpo. He vendido muchas; ¿cuáles le agradan a usted más, las blancas o las encarnadas?

—No es fácil decidirse; son tan lindas unas como otras; pero en fin, prefiero las encarnadas.

—Precisamente había formado para Luis este ramito; y le presentó a Fernando tres camelias de las que dos eran de un rojo muy apacible, diciéndole: se lo regalo a usted.

—Pero lo había usted trabajado para su hermano.

—Le haré otro.

Fernando aceptó el ramo pidiendo antes permiso a la señora, y dio las gracias a la niña elogiando justamente su destreza.

La señora le explicó en seguida cuál era la distribución que el vicario había hecho del tiempo de Laura, y de qué manera en una edad corta, y lo que es más notable, trabajando sin compañeras que tanto excitan y estimulan, había conseguido aquellos adelantos.

—Pero los maestros vencerán mucho en cada mes.

—Luis le ha cedido a su hermana el rédito de una capellanía de sangre a cuyo título se ordenó, diciéndome, las pobres mujeres son las que necesita capellanías y no los hombres. Además de esto, como no vienen los maestros diariamente, el honorario es mucho menor. Desde que consiguió Laura alguna perfección en las flores de cera, ella misma paga a sus maestros de inglés y francés que ha querido aprender, y compra los pocos vestidos que solemos necesitar.

—¡Excelente criatura!

La madre continuó el elogio de Laura que se había vuelto al balcón, en parte por modestia, y en parte por esa curiosidad de que siempre dan muestra las jóvenes, con la misma repetición que los pájaros saltan en sus jaulas en busca de su libertad, pues a decir verdad, la mujer vive siempre tan aprisionada como ellos.



—Ha tenido mucha fortuna porque nunca le faltan compradores para lo que trabaja. Ahora está muy enojada con los de Tianguistengo, y dice que por ningún dinero hará para ellos una sola flor.

—En este momento la joven interrumpió la conversación, diciendo en voz alta:

—¡Ya viene Luis! ¡Ya viene Luis! acaba de bajarse de un coche, ivoy a encontrarle! y de un salto se puso en el corredor, y luego en el portón.

Fernando se sintió desfallecer; pero conociendo que debía hacerse superior a toda emoción, se hincó un colmillo en el labio inferior para que el dolor le diese energía, y salió acompañando a la señora, que también fue a recibir a su hijo hasta la puerta de la sala, a la sazón en que éste atravesaba el corredor abrazado de Laura.



11. EL ALMUERZO EN FAMILIA

El vicario llegó fijando desde luego una mirada profundamente investigadora en su amigo, que involuntariamente se estremeció como si estuviese delante de su juez y hubiera cometido un crimen y le entregó un papel que éste se apresuró a leer. Las señoras por discreción iban a retirarse, pero el vicario les hizo seña de que estuviesen quietas, porque llevaba generalmente la máxima de dar a la mujer el mayor participio posible en los negocios, creyendo con razón que muchas cosas se hacen mejor y se comprenden más pronto por ellas que por los hombres, y que otras no pueden absolutamente desempeñarlas porque se les aleja intencionalmente de todo negocio serio, y después se les culpa de una ignorancia que no han tenido oportunidad de vencer.

—Puedes leer recio, dijo el vicario.

Fernando leyó lo siguiente:

El general N. de N. (suprimimos los nombres), certifico:

Que habiendo conferenciado como padrino nombrado por el comandante de batallón don Arturo de Montemar, con la persona autorizada al efecto por don Fernando Henkel, a fin de arreglar las condiciones del duelo convenido entre estos últimos, después de haber examinado detenidamente, como era nuestro primer deber, las circunstancias del caso que ha dado origen a la cuestión, hemos declarado que no hay motivo suficiente para que el duelo se verifique; con cuya resolución quedaron conformes los interesados, firmando conmigo por duplicado esta constancia para resguardo de su honor.

México, septiembre 9 de 1846

Firmaban en seguida el general que certificaba y Montemar.

—¿Pero cómo te has compuesto, preguntó lleno de gozo Fernando, para llegar a este resultado?

—Muy sencillamente. Después de preguntar en varias casas de la calle de Santa Isabel, porque te olvidaste de decirme el número, llegué a una especie de accesoria que tiene al lado de la puerta una “Y” griega y arriba en el marco un número 9; ví allí dos soldados, y dije para mi sotana, “aquí debe ser”. Efectivamente, subí una escalera que hay en la misma pieza de abajo, y sin esperar que me anunciaran, al llegar a la pieza de arriba dije ahuecando la voz y haciendo el ceño más terrible que pude:

—¿Está aquí el comandante Montemar?

Se presentó un joven de ojos negros, robusto, con bigote y perilla poblada, que con la mayor atención contestó:

—Servidor de usted, padrecito; tome usted asiento si gusta, y me señaló un sofá.

—Yo no acepté el asiento del sofá, dejé caer intencionalmente mi turca por el lado derecho, y pasándola por debajo del brazo con ese ademán amenazador que ostentan a veces algunos padres que se pasean por las calles, columpiando el brazo derecho, tomé una silla ordinaria y dí con ella muy marcialmente un golpe en el suelo diciendo:

—No me agradan los asientos blandos.

—Al golpe que di volvió la cara un militar viejo que se había puesto a escribir después de mi llegada, y que cuando yo llegué hablaba acaloradamente con Montemar. El viejo me lanzó una mirada en que se retrataban a la vez el enojo y la sorpresa.

—Estoy a las órdenes de usted, me dijo con estudiada afabilidad el comandante.

—El negocio que traigo, contesté con voz breve, es muy sencillo; lea usted esta carta, y le entregué tu respuesta. Montemar muy pausadamente se paró después de leerla y la pasó al viejo militar, quien después de imponerse de ella, acercó una silla al lugar donde yo estaba y se puso delante de mí, manifestando una admiración extraordinaria.

—¿Usted es el padrino nombrado por don Fernando Henkel para un desafío?, me preguntó el viejo, remarcando estas palabras, ¿para un desafío?

—Sí; contesté secamente.

—¿Y el carácter de usted?

—Ese es negocio mío, mientras no se encuentre en las leyes de los caballeros alguna que excluya a un eclesiástico de prestarle a un hermano sus auxilios en un lance de honor. El duelo es una especie de

juicio de Dios, y ustedes saben que antes asistían los prelados y las comunidades religiosas a estos juicios y daban en ellos su voto.

Considerando que me las había con unos ignorantes, añadí luego muy erguido.

—Esto nada tiene de particular, y la misma escritura nos encomienda cuidar nuestra honra; yo voy en esta vez al duelo por la honra de mi hermano.

—¡Su hermano!, se dijeron mutuamente los dos militares, y en seguida volviendo Montemar a su fingido aplomo, me dijo, bajando sus pobladas cejas hasta cubrir casi los ojos:

—¡Está bien! ahí tiene usted mi padrino y pueden arreglar las condiciones del desafío.

—Las condiciones, dije yo mostrando extrañeza, están ya determinadas en la carta que acaban ustedes de leer, y por cierto que son muy claras: usted elegirá las armas entre espada y pistola; mi hermano tirará primero y el desafío es a muerte. Como el bosque de Chapultepec es muy frecuentado, podría sorprendernos la policía, y por esto iremos a las lomas de Tacubaya, por ejemplo. Son las diez del día, tengo en la puerta, un coche que puede conducirnos en el acto...

—Algún motivo particular tendrá usted para señalar las lomas de Tacubaya.

—Escoja usted cualquiera de los alrededores de México; por la Villa de Guadalupe, por el Peñón, o por la salida de San Agustín me es igual, y sobre todo, debiendo yo entenderme con el padrino de usted; dije dirigiéndome groseramente a Montemar, él es quien debe elegir.

—¡Pero, padre!, me dijo entonces el viejo, permítame usted que le haga observar que los desafíos no se arreglan así con tanta precipitación, la vida de un hombre es negocio de mucha gravedad.

—¿Pues cómo se arreglan?, le interrumpí.

—Primero discuten los padrinos si la causa que motiva el duelo es suficiente; ésta es precisamente la parte más importante de su oficio.

—Sea en buena hora.

—¿Está usted al tanto de los hechos?

—El señor, dije señalando a Montemar, le dio un golpe en la espalda a mi hermano, y en seguida le tiró un guante que éste le echó a la cara, empujándole después a un estanque lleno de agua, del que salió sin novedad.

—¿Y el motivo de esta disputa?

—Creo que una pura broma.

—¡Pues bien!, dijo el militar como triunfando de mí, yo declaro que tal motivo no es suficiente para un desafío.

—Si es de la misma opinión el señor, dije, señalando a Montemar.

—A mí no me corresponde hablar, y usted me lo acaba de recordar.

—Pues en tal caso que retire el señor su carta de duelo...

—No es necesario, replicó el viejo, ni sería suficiente. En estas ocasiones se acostumbra que los padrinos den una certificación, que las causas que se han presentado no son motivo suficiente para el desafío, y si los interesados se conforman, es negocio concluido.

—Yo sólo podría aceptar esa certificación en nombre de mi hermano, si fuese igualmente honrosa para ambos contendientes.

—Por supuesto.

—Pues extiéndala usted.

—Extendida que fue la leí, la releí y manifesté al fin mi conformidad; la firmaron como ves el viejo general y Montemar. He traído los dos ejemplares para que tú también los firmes, y sólo te diré en conclusión que, al despedirme de los militares, el viejo me apretó la mano, diciéndome:

—¡Ah padrecito! un consejo quisiera darle a usted.

—¿Cuál es, mi general?

—Que no vuelva usted a intervenir porque tiene el genio muy belicoso.

Una estrepitosa carcajada, dada al mismo tiempo por las tres personas que escuchaban al vicario, acogió estas últimas palabras como la señal de que había pasado una terrible tormenta, y de que a la ansiedad del principio sucedía una ingenua alegría. Fernando firmó los dos ejemplares de la certificación, guardó uno y devolvió el otro al vicario, quien saliendo al balcón hizo seña al cochero para que subiera una persona que estaba en el coche, y que había acompañado al padre para recoger el ejemplar que correspondía a Montemar.

Fernando, lleno de júbilo, quiso darle las gracias a su hermano, pues así comenzó a llamarlo desde aquel instante, pero éste se apresuró a cortarle la palabra, exclamando con tono festivo y ligero:

—Ahora a almorzar; casi todos los desafíos acaban así.

—Pero dime, Luis, dijo la señora, ¿qué tenías pensado hacer para el caso de que el desafío se llevara adelante?

—Nada.

—¡Cómo! ¿Y así impulsabas con tanta fuerza a los contrarios?

—Sí, porque necesitaba reconocer primero cuánto había de verdad en sus intenciones; yo quise ser padrino de Fernando, porque ya le

conozco bien; es tenaz, y se hallaba en un estado tal de aturdimiento que no escuchaba razones; y es claro que mientras yo fuese persona necesaria en el desafío, éste no se había de verificar. Ya sabe usted madre que así obro siempre, sigo el impulso de mi corazón encomendándome al Todopoderoso y casi siempre salgo bien. Conque Laura danos de almorzar.

—Es necesario esperar un poquito para que traigan el almuerzo.

Fernando tomó la palabra diciendo:

—Es probable que no esperando ustedes tener compañía, por mí se demore el almuerzo y... así con permiso de ustedes... hizo señal de buscar su sombrero.

—De ningún modo señor Henkel, dijo la señora, no hay retardo ni molestia por usted; al contrario, tenemos mucho gusto con su compañía.

Fernando dio las gracias, y la señora continuó:

—Antes teníamos cocina como en todas las casas, y nos quitaba el tiempo a Laura y a mí, aunque hubiese cocinera; por fortuna una pobre señora, viuda, con varias niñas, y que no tenía recurso alguno, nos propuso que en unión de otras varias familias pobretonas costeásemos en común un gasto módico, y que ella y sus niñas cuidarían de guisar, comportándose de modo que tuviésemos todos alguna economía y ella sacase del *montón* la subsistencia de su familia. Al principio hubo pocas que se prestasen; pero yo luego admití la oferta por el empeño de que Laura no se distrajese en esos enfadosos oficios domésticos, sino que adelantase en su educación, y no me he arrepentido, porque unas diez familias que a poco tiempo se han reunido, han experimentado inmediatamente que gastan poco menos de lo que antes gastaban y economizan el sueldo de la cocinera, y lo que es todavía mejor, evitándose el enfado de cuidarla, dirigirla y regañarla, están muy bien atendidas, hacen una obra de caridad beneficiando a otra familia, y ésta logra a veces hacer sus pequeños ahorros que con gusto le hemos cedido, siendo de notar que es la comida tan abundante, que ahora que hemos pedido para cuatro personas verá usted que podrían comer seis cómodamente. Tenemos que esperar un poco, porque nunca despachan las comidas sino después de dar las doce, punto en el que hemos convenido gustosas, porque en estas asociaciones es indispensable que se traten los asociados con verdadera igualdad, sin preferir a nadie, ni en cuanto a la hora, ni en la calidad y cantidad de los alimentos, porque de lo contrario se destruye completamente el equilibrio, y entran inmediatamente la rivalidad, las odiosidades y la anarquía.



Al concluir estas palabras avisó Laura que ya podían acercarse a la mesa.

El vicario durante la comida que pareció en efecto a Fernando abundante y muy bien condimentada, acaso por estar al gusto mexicano, y después de brindar con un poco de pulque del que todos participaron, aumentando así la natural alegría, comenzó a hablar con entusiasmo del proyecto que empezaban a coordinar los dos hermanos, poniendo al alcance de la familia con sencillas explicaciones sus imponderables ventajas, y anunciando que en la vida semicampestre que iban a tener Laura recobraría su buena salud, que miraba algo marchitada.

La señora, que con su natural comprensión alcanzó toda la importancia de la idea, dijo con cierto dolor, por tener que contrariar la extremada alegría que mostró desde luego la niña:

—Pero, hijo mío, esas ideas no son para los pobres, sino buenos deseos enteramente irrealizables. Los ricos no conocen las aflicciones de las clases desdichadas, y por esto seguramente no dan traza de remediarlas, siendo los únicos que pueden hacerlo; ¿qué vas tú a lograr sin los recursos suficientes?

—Es que no faltarán tales recursos, madre mía.

—Entonces no te demores ni un solo día, y cuenta con que te seguiremos si es que en algo podemos servirte; de lo contrario déjanos; esos benéficos proyectos en que se interesan tantos pobres no deben estorbarse por las consideraciones de una familia.

—Por fortuna, dijo el vicario, lejos de embarazarme ustedes me ayudarán muchísimo.

—En tal caso te seguiremos luego que te parezca oportuno; ¿qué dices Laura?

—Que sí, mamá; pero que sea sin tardanza, porque yo necesito la vida del campo, el aire libre, el sol, aunque tenga que vestirme como pastora y seguir mi ganado cuando vaya al monte.

—Muy pronto veremos si sabes cumplirlo, dijo el vicario.

—Lo veremos, ya sabes que tengo palabra.

—Hoy me vuelvo a Tepepam; encargaré al doctor Torreblanca los pocos enfermos que aún quedan en Xicalco; entregaré la vicaría, y dentro de dos o tres días marcharemos Fernando y yo hasta cerca de Sayula a fundar la colonia en la municipalidad de Atoyac.

—Por tu parte debes expeditarte, Fernando; arregla tus cuentas, paga si debes, cobra, etcétera, para que marchemos en la semana entrante.



Fernando se volvió a su almacén para cambiar en oro los dieciséis mil pesos que le hemos visto arrojar a los pies de don Domingo Dávila; y el vicario en la noche de aquel día se embarcó para Xochimilco a fin de avisar al cura principal que dejaba la vicaría y para encargar los pocos enfermos que quedaban en San Miguel al médico de Tlalpam.